

EL COJO ILUSTRADO

AÑO III

15 DE MARZO DE 1894

Nº 54

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES.—NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Crónicas yankees, *por R. B.*—Excelentísimo señor Don Julio Tonti, *por la Dirección*—Una estatua de Bolívar, *por el Dr. Juan de D. Méndez, hijo.*—Madrileñas, *por Miguel Eduardo Pardo.*—Aventuras de una Mariposa y una Cochinilla, *por Alfonso Daudet.*—Ascensión al pico de Naiguatá, *por el Dr. F. de P. Alamo.*—Los Por qué de Susanita, *por Emile Desbeaux.*—Ocultación de las Pleyadas, *por M. Buscalioni.*—Aristides Rojas y Necrología, *por la Dirección.*—NUESTROS GRABADOS.—Actua-

lidades, *por E. Méndez y Mendoza.*—El millón del tío Raclot, *por Emile Richebourg.*—Anuncios.

GRABADOS.—General Joaquín Crespo, *de fotografía.*—Excelentísimo señor Don Julio Tonti, *de fotografía.*—Estatua de Bolívar en Bogotá, *de fotografía.*—Señora Pía Roluti Salto, *de fotografía.*—Ilustraciones al artículo "Madrileñas," *por Angel Pons.*—Iglesia Santa Teresa y Plaza Washington en Caracas,

de fotografía de Leismann.—Escena nocturna en el Naiguatá, *boquete por Manuel V. Ruiz.*—Gran precipicio en el Naiguatá (visto del mar) *dibujo de Manuel Vicente Ruiz.*—El guía Custodio, La pirámide, El cupido de piedra, Rocas del Naiguatá, dibujos de la excursión al Naiguatá, Grabado que se encontró en un peñasco del Naiguatá, *por Manuel Vicente Ruiz.*—Los expedicionistas del Naiguatá y en el Pico, *de fotografías.*—Ocultación de las Pleyadas, *dibujo del señor M. Buscalioni.*



GENERAL JOAQUIN CRESPO

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

CRÓNICAS YANKEES

New York, febrero de 1894.

Dejamos para la fecha de nuestra última crónica á los campeones del pugilato, no como dejara Cervantes á Don Quijote y al Vizcaíno al rematar el capítulo octavo y comenzar el siguiente de su inmortal libro, esto es, puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas, como si los combatientes amenazasen á porfía al cielo, á la tierra y al abismo, que no daban para tanto ni para mucho menos aquellos otros hombres y su empeño en la ocasión, pero sí prestos á subir sobre la platatorma y á desbaratarse las quijadas y magullarse las entrañas hasta que uno de los dos cayese en tierra y quedase en ella sin sentido por el número de minutos, reglamentario aquí como en la gallera.

La anunciada intervención del señor Gobernador del Estado no pasó de ser, como quien dice, un veremós, y lo que se vió en definitiva fué no la aplicación de la ley, no la defensa de la civilización, sino la burla y el escarnio de una y otra. Por otra parte aquella intervención habría sido inútil aun por eficaces que hubiesen sido sus medios, pues los empresarios del espectáculo y los interesados en las apuestas, tenían preparada la correspondiente petición de interdicto, y el abogado que debía defender el caso por el tiempo indispensable para que los pugilistas hiciesen su obra. Sin embargo el público espectador tuvo más de un motivo para considerarse chasqueado, por cuanto el combate duró apenas algunos minutos y Mitchell el campeón británico resultó ser un mono de greda que los membrudos y acera-dos brazos de Corbet pudieron quebrantar fácilmente desde el primero de los tres encuentros. Ello no obstante las aclamaciones no faltaron al vencedor, y cuando éste reapareció algunos días más tarde sobre el tabladillo del jardín de Madison en esta culta metrópoli, cinco mil concurrentes al simulacro de combate que allí se daba lo saludaron nada menos que con la histórica frase aplicada á Washington: el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos. Ya se vé que en tratándose de colmos, nadie acertará á poner el punto más alto.

El combate de Jacksonville tuvo como era de esperarse enorme é instantánea resonancia en todos los puntos del país. Sobre todo en las grandes ciudades, millares de personas acudieron á las oficinas de los diarios á enterarse en los pormenores de la lucha, trasmitidos á cada instante por el telégrafo. Aquel día no se habló de la cuestión del Havrai, ni del nuevo arancel, ni de la crisis; Corbet y Mitchell absorbían la atención, y cuando se supo que el músculo yankee había resultado una vez más victorioso sobre el británico, la satisfacción fué general sin que faltaran los correspondientes hurras con abundante riego de whisky y de cerveza, con sólo una excepción, la del *Evening Post*, todos los grandes diarios que ven la luz en esta ciudad, aun los que alardean de más progresistas y docentes, dedicaron á la crónica del combate tres, cuatro y hasta cinco de sus enormes páginas. Seguramente todos ellos se dirían en su interior:

"El vulgo es necio"
"Y pues lo paga, es justo"
"Hablarle en necio"
"Para darle gusto"

Estudiando no ha mucho uno de los escritores de esta prensa las causas que en su sentir mantienen y ensanchan en gran parte del pueblo americano la bárbara costumbre del *linch*, creyó hallar la explicación del fenómeno en la viciosa educación del espectáculo, recibida durante largos años por uno de los elementos étnicos más preponderantes de los Estados del Sur. A su juicio el *linch* es allí mera sustitución de los autos de fe, las corridas de toros y las riñas de gallos, preferente diversión de la raza española y en parte también de la céltica. Precisa reconocer que aunque muy parcial y poco caritativa, la observación es verdadera en el fondo, pero su autor habría sido más lógico y más compresiva su demostración si hubiese reconocido que la caza del hombre por el hombre, natural consecuencia de la esclavitud, y los espectáculos de la fuerza bruta han completado aquella educación y la fecundizan desastrosa-

mente. Si como parece innegable, los espectáculos enseñan más que los libros y los maestros de escuela, la raza que aplaude y paga á precio de oro las hazañas del pugilato, poco tiene que echarle en cara á aquella otra cuyos reyes la llevaron en un tiempo á presenciar los autos de fe y subvencionan todovía las corridas de toros. Mas para ser también justos debemos reconocer por nuestra parte que la reacción contra tales barbaridades es aquí más enérgica á medida que avanza el progreso, á tal punto que los empresarios de aquel género y el público que lo sigue se ven obligados á peregrinar del uno al otro extremo del país en busca de leyes y autoridades sin vigor que les permitan levantar el moderno circo y recrearse en las luchas de sus gladiadores. Ya el Estado de Florida, que en estos últimos días ha tenido el valor de asilar solapadamente la lotería y de consentir las riñas de los pugilistas, ha recibido más de una severa advertencia. Región escogida por la dulzura de su clima, para atenuar en ella los rigores aquí extremados del invierno las gentes que á ella acuden anualmente en solicitud de ese beneficio, renunciarán á hacer la excursión desde que se persuadan que van á codearse con los *boxeadores* y los agentes de lotería. Es muy de desearse que esta reacción civilizadora se presente también en nuestra América, y aleccione á aquellas municipalidades y aun gobiernos que no sólo toleran las galleras y las plazas de toros, sino que las subvencionan ó levantan sobre ellas contribuciones, lo cual es también una manera de fomentar tales espectáculos. Si hemos de dar crédito á las noticias del cable, la religión ha acudido al fin en apoyo de la reforma que demandan semejantes costumbres. Su Santidad el papa León XIII, prohíbe se suministre de hoy más los auxilios espirituales á los toreros y picadores que jueguen en las plazas públicas, seguramente porque los considera, y con razón, como suicidas voluntarios, que exponen á ciencia cierta su vida por el cebo de una ganancia.

Poco tendrán ya que hacer cuantos saben que la regeneración de un pueblo, procede más directamente de la regeneración de sus costumbres que de la noción avanzada de sus leyes escritas, si el clero y los órganos de la opinión pública militante adunan esta vez sus esfuerzos y mancomunan su apostolado para dar al traste con aquellas bárbaras diversiones. Sea esta la ocasión, puesto que se brinda al efecto, de felicitar á las damas caraqueñas por su significativa ausencia de las plazas de toros.

**

Poco antes de cerrarse la exposición colombiana de Chicago vió la luz pública en esta ciudad un precioso libro elegantemente impreso por el tipógrafo venezolano M. M. Hernández, que en cierto modo estaba destinado al gran certámen. Aludimos á la colección de traducciones castellanas de Longfellow, hechas por varios poetas de nuestra América y de España, recogidas por uno de ellos, don Rafael Torres Marifio y publicadas bajo los auspicios del insigne literato, que como segundo Magistrado preside actualmente los destinos de la República de Colombia. Ningún homenaje más significativo podía ofrecerse á este pueblo en el momento en que él celebraba el cuarto aniversario del descubrimiento del nuevo mundo por el genio de Colón y la pujanza y las hazañas de la gente española, que el de presentarle envuelto en el magnífico ropaje de la versificación castellana el pensamiento y las mejores producciones del más popular de sus poetas. A despecho del duro positivismo dominante en nuestros días, los pueblos continuarán entendiéndose y acercándose los unos á los otros, no sólo por la comunidad de sus intereses sino también por la de su sentimiento. Un poeta á quien admiran á la vez dos pueblos tiene que ser para ellos lazo de unión tan valioso á la larga como aquel que establece las corrientes de su comercio. Al traducir á Shakespeare, ha dicho con tal motivo el hijo de Victor Hugo, creo haber hecho por la unión de Inglaterra y Francia tanto como hizo Cobden con su famoso tratado de Comercio. El libro á que nos referimos no ha sido aún juzgado ni siquiera anunciado por ninguna de las publicaciones literarias ó meramente biblio-

gráficas del país. Más que á una indiferencia que desdeciría de su cultura debe atribuirse este silencio de la prensa norteamericana á la circunstancia de que la colección apenas ha principiado á circular entre los miembros de la colonia española é hispano americana aquí residentes, siendo pocos los ejemplares que hasta ahora se han enviado fuera de los Estados Unidos.

Las más de las 44 traducciones que el libro contiene, son obra de traductores colombianos, sin que por ello resulte excluida la lira de los otros pueblos que hablan nuestra lengua. Figuran en efecto al lado de Caro, Pombo, Rafael y Manuel, Torres Marifio, Fallan, Manrique Posada, Bond Macías, Gómez y Casas, el argentino Andrade, el malogrado venezolano López Méndez, los cubanos Vama, Sellén Merchan y Santacilia, y el español Teodoro Llorente, sin contar al consumado humanista don Samuel Bond, inglés de nacimiento, pero colombiano por adopción, el cual ha enriquecido el libro con dos versiones en lengua latina. Varios de los traductores, entre ellos Caro y R. Pombo se disputan en un mismo terreno ó sea respecto de una misma composición las palmas de la victoria. El primero generalmente más libre y en ocasiones más gallardo toma de Longfellow el pensamiento á reserva de vaciarlo en más ámplios y aun distintos moldes. El segundo mucho menos independiente aspira sobre todo á la fidelidad y conserva no sólo la idea y el sentimiento del poeta sino su peculiar forma de expresión, y en cuanto es posible sus mismos vocablos. Caro es un retratista, Pombo se limita á ser un fotógrafo. Daremos aquí una muestra de las dos maneras, escogiendo al acaso algunas estrofas.

Estas dos primeras del *Herrero de la Aldea* en que el poeta ha personificado el trabajo, sus fatigas y sus nobles fruiciones

Under a spreading chestnut tree
The village smithy stands;
The smith, a might man is he,
With large and smewy hands;
And the muscles of his brawny arms
Are strong as iron hands.
His hair is crisp, and black and long,
His face is like the tan;
His brow is wet with honest sweat,
He earns what'er he can
And looks the whole world in the face
For he owes not any man.

Son interpretadas así por Caro:

Bajo umbroso castaño arde la forja
Y trabaja el herrero:
Es aquella la frágua de la aldea;
Hombre él fornido, entero
Manos deformes, fuerza gigantea
Musculación de acero.
Negros y enmelenados los cabellos
Faz cual roble curtida,
Sudor honrado de su pecho llueve
Y así gana la vida;
Mira á todos al rostro: nada debe,
Y nadie le intimida.

Mientras que Pombo las traduce casi literalmente del siguiente modo:

Bajo un castaño extendido
La fragua enseñan del pueblo;
Y es el herrero un hombrón
De unas manos que dan miedo
Anchos brazos, musculados
Como con sunchos de acero.
Negro el cabello y greñudo,
Rostro, de curtido, prieto
Ganando bien cuanto cae
Sudando como un caldero
Mira á todos á la cara
Porque á nadie debe medio.

En el *Salmo de la vida* la estrofa tan justamente celebrada por la bellísima comparación que la realza y abrilanta se presta á igual cotejo, el texto original dice así:

Art is long, and time is fleeting,
And our hearts, though stout and brave
Still, like muffled drums are beating
Funeral marches to the grave.

Pombo la traduce como va á verse:

"La obra es larga, el tiempo escaso;
Y el más fuerte corazón
Tambor sordo, bate al paso
Marcha fúnebre al panteón."



EXCMO. SEÑOR D. JULIO TONTI

DELEGADO APOSTÓLICO Y ENVIADO EXTRAORDINARIO DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

Más arrimado esta vez á la letra del original, Caro dice por su parte:

"Largo el Arte, el tiempo breve
ó corazón que fuerte alienta,
Tambor sordo marcha fúnebre
Redoblando irá á la huesa."

A propósito de este *Salmo de la vida*, sin disputa una de las más bellas inspiraciones de la musa de Longfellow es muy de sentirse que el compilador olvidara incluir en su libro la versión de César Cantú considerada por jueces competentes como un modelo en su género.

Posada otro de los traductores colombianos, amplifica y diluye, si bien con gallardía y riqueza de elocución poética los once cuartetos originales de la *Cuarterona* verdadero estigma de fuego puesto con tanta indignación por el poeta sobre la frente de los traficantes en carne humana que en ocasiones vendían su propia sangre. Es lástima que vocablos tan ignobles como *beona* y *fregona* afeen esta versión cuyo remate, síntesis del terrible drama, es á nuestro juicio singularmente feliz.

"No la vende usted? Locura!
Doy por ella veinte onzas—
No!—Bien, le doy doce negros!
Venga á mi barco y escoja.
Capitán, yo . . . yo . . . no puedo!
Tampoco? Doy esta bolsa!
(La vacía en la mesa, y muestra
Cien medallas españolas)
Y este diamante que vale
Una suma cuantiosa—
Dice; á la tierna doncella
Con sus miradas devora,
Ella al viejo con las suyas,
Este al dinero y la joya.
Quedan los tres un instante
En ansiedad silenciosa . . .
De repente el vil avaro,
Acepto!—exclama en voz ronca
Y al mismo tiempo las uñas
En su pecho clava corvas.
Madre mía! sólo dice
La infeliz, y se desploma.
Arrójase á ella el negro.
Como á su presa la loba;
Por la cintura la enlaza
Como la nervuda boa,
Y escapa veloz, temiendo
Quizá que alguien la socorra.
Diríjela el hacendado
La postrer mirada . . . y llora!
Ah! bien sabe á quien del triste
Don de una vida angustiosa,
A quién de las azucenas
De su tez ella es deudora."

La traducción de *El amanecer* por José Agustín Quintero, poeta cuya nacionalidad no conocemos, tiene toda la radiosa serenidad, el brillo y el movimiento del fenómeno cantado por el poeta. La reproducimos íntegra, porque á más de ser muy bella es relativamente breve.

Se alzó el viento del mar en las espumas
Y dijo:—"Abridme paso densas brumas"

Los mares saludó, y gritó:—"A la vela
¡Oh, marineros, que la noche vuela"

A la tierra lanzóse apresurado,
Y le gritó:—"Despierta! el día ha llegado"

A la selva le dijo:—"Clamorea
Y tu verde bandera al aire ondea"

Del pájaro tocó la ala plorada:
—"Despierta, dijo, canta á la alborada!"

Y al gallo de la rústica alquería:
"Resuene tu clarín, se acerca el día!"

Al maizal murmuró:—"Dobla la frente,
Saluda la mañana refulgente!"

En la torre gritó con voz sonora:
—"Despiértate campana y dá la hora!"

El cementerio atravesó, y decía
"Dormid en paz: no es tiempo todavía!"

Y aquí nos detendremos mencionando apenas la preciosa versión de *Los niños* por Caro, tan suave al oído como es dulce el acento con que debe hablarse á aquellos á quienes está consagrada, y la magistral del *Molino de viento* por Fallón, el cantor de la luna, que conoce como pocos la lengua y la literatura inglesas. No ha sido nuestro ánimo analizar extensamente el libro, sino tan sólo anunciar su publicación y recomendarlo al buen gusto de los lectores de la Revista para la cual se escribe la presente crónica. Esto sin perjuicio de advertir, siquiera sea de paso,

que el cielo poético en donde Bryant, Longfellow y Whittier brillan como estrellas fijas, que Edgar Poë, atravesó con la rapidez y el fulgor de un meteoro, en el cual Walter Whitman aparece como una nebulosa y que Russell Lowell iluminó también con las luces de su poesía psicológica, es por cierto muy acreedor á que las jóvenes generaciones literarias de nuestra América vuelvan hacia él sus miradas cada vez que sientan la necesidad de orientarse en dirección á nobles y fecundos ideales. Como la inglesa, de cuyo viejo tronco es rama que reverdece lozana bajo la influencia de nuevo y generoso ambiente, esta poesía norte-americana nos enseña un concepto de la vida, que excluye así los desfallecimientos enfermizos como las desesperaciones sombrías, fortificándonos para las luchas de la existencia y las promesas de ultra tumba.

Longfellow y Whittier nacieron en 1807, y como Bryant alcanzaron una longevidad tranquila y feliz. La llama de su inspiración pura y serena lamió lentamente y sin destruir fuera de tiempo el vaso que la contenía. Bryant murió á la edad de 84 años. Longfellow contaba 72, cuando hace doce años terminó su jornada. Whittier alcanzó los 83 y pudo enviar á la conferencia Pan Americano, hermosa cuanto sentida felicitación por sus trabajos en favor del arbitraje, que desgraciadamente esperan aún la sanción de la ley. Más afortunado que su émulo en popularidad y en gloria, Longfellow, recibió en su juventud una brillante educación literaria, viajó luego por Europa, y vino á cosechar sus mejores laureles á la sombra de la docta Universidad de Harvard, de la cual fué uno de sus más ilustres profesores. Nacido en la pobreza y ganando luego su vida con el trabajo manual, Whittier por el contrario tenía que poner á un lado la lezna del zapatero para dedicarse á sus primeros ensayos como periodista y poeta. Por ese mismo tiempo hacían otro tanto, Reboul en su panadería de Nimes y Hartzbusch en su taller de carpintero de Madrid. A aquella diferencia de sus primeros años, y de su respectiva educación literaria, debe atribuirse en gran parte la superioridad de Longfellow en la forma, y la de Whittier en la del sentimiento y el alcance de su inspiración religiosa.

R. B.

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. JULIO TONTI

Delegado Apostólico y Enviado Extraordinario de S. Santidad León XIII

La Iglesia y la sociedad de Caracas se honran hoy con la visita de este Venerable Prelado cuyo retrato aparece en el presente número. Monseñor Tonti ha sido enviado por el Sumo Pontífice á nuestra República con el fin de estrechar más y más las cordiales relaciones que existen entre el Gobierno y la Santa Sede y favorecer así los intereses religiosos en Venezuela.

Desde su llegada el excelentísimo señor Delegado se ha captado las simpatías de la sociedad caraqueña por sus maneras afables y las dotes personales que lo distinguen.

Monseñor Tonti nació en Roma el 10 de diciembre de 1844 é hizo sus estudios eclesiásticos en el Seminario Diocesano de la capital del Orbe Católico.

Es Doctor en Filosofía, Teología y ambos Derechos.

Ha llevado con honra sus títulos académicos y en el centenario de S. Pedro y S. Pablo sostuvo en certamen público varias proposiciones de Teología.

Fué Vice-Rector y Profesor de Teología en el Colegio de la Propaganda y uno de los estenógrafos del Concilio Vaticano.

En un concurso de parroquias fué colocado en primer puesto para servir una de la ciudad de Roma.

Fué Oficial de la Secretaría de Negocios Eclesiásticos extraordinarios, donde se preparan los que han de seguir la carrera diplomática. El Secretario era entonces Monseñor Czacki después Cardenal; uno de los

hombres más eminentes y el cual llevó al que es hoy Monseñor Tonti á París en calidad de Auditor de 2ª clase.

En Lisboa fué Auditor de 1ª clase siendo Nuncio en aquella nación el hoy Eminentísimo señor Cardenal Vannutelli.

Monseñor Tonti es hoy Delegado Apostólico y Enviado extraordinario para las Repúblicas de Venezuela, Haití y Santo Domingo. Tiene además el título de Arzobispo de Sardes y es Administrador Apostólico de Puerto Príncipe.

El Excelentísimo señor Delegado ha recibido, como se ve en el retrato, varias condecoraciones, entre otras la Gran Cruz de la Concepción de Portugal; y es Oficial de la Legión de Honor.

EL COJO ILUSTRADO presenta sus respetos al Excelentísimo Prelado y desea lleve los más gratos recuerdos de la fé católica de Venezuela.

UNA ESTATUA DE BOLIVAR

Del genio del eminente escultor Tenerani conocemos dos representaciones de Bolívar: la del mausoleo de Caracas y ésta de la plaza central de Bogotá.

Tenerani estudió á Bolívar con el interés vivísimo que debía inspirar á un verdadero genio la noble figura del Libertador de Sud-América, y estas dos creaciones suyas representan, digamos así, dos conceptos estéticos de un mismo personaje, y nos revelan á un tiempo la grandeza de Bolívar, la inspiración de Tenerani y la excelencia del arte.

Aquí, sobre el corazón de la gran Colombia, está el héroe que la creó y con titánicos esfuerzos la sostuvo hasta sucumbir con ella; allá está, en posesión de la inmortalidad, el que la Escritura llama con su elocuente sobriedad *el varón justo*.

En aquel mármol frío están apagadas todas las pasiones terrenales; aquel rostro revela la abstracción profunda del espíritu en la contemplación de una verdad suprema, en la cual se descubren y se encuentran virtualmente todas las verdades secundarias, y las existencias contingentes de cuanto fué creado. Aquella mirada, que se siente poderosamente en los ojos sin pupilas, viene de las regiones de lo infinito, de lo más hondo de los misterios divinos, y si llega á visitar la tierra es para recoger en el mundo el recuerdo de aquellas grandezas del tiempo, de aquel amor de la patria, de aquel anhelo de independencia, de aquellos sacrificios sin número y de aquellos esfuerzos sin desmayo, para armonizarlo todo en un solo sentimiento: *justicia*; para relacionarlo con un fin único: *Dios*!

Ese era el Bolívar inmortal que nos había mostrado Tenerani sobre las frías cenizas del héroe; y era ése el que recordábamos al contemplar esta otra imagen, que nos revela al redentor en la batalla de la vida y enardecido por los nobles ardores de la lucha, cuyo recuerdo se aviene bien con este bronce modelado por el fuego. Este es el padre de Colombia, á la cual ha dado abnegadamente el sér, y por cuya existencia vela..... Aquel papyrus arrollado á medias y que oprime convulsivamente con la mano izquierda es acaso la constitución política de la nación colosal, quizá es la historia gloriosa de su gestación y nacimiento..... de todos modos, es el ideal querido, por el cual vertería toda la sangre de sus venas!..... Su mirada perspicaz ha descubierto acaso en el porvenir á los enemigos de su obra, y el celo de Colombia le posée y se revela en aquella noble, soberana y enérgica conminación que de todo su sér se desprende.



ESTATUA DE BOLÍVAR EN BOGOTÁ

El rostro, vuelto ligeramente á la izquierda y la cabeza avanzada un tanto, indican la súbita percepción del peligro, y se notan en la fisonomía la sorpresa, la indignación y la amenaza de que pudiera ser causa la presencia del enemigo. Tras de aquel rostro se vé estallar una sublime cólera, y á la descarga cerebral que produce obedecen todos los músculos del cuerpo. Este, apoyado sin total aplomo en el pié derecho, indica, nó el movimiento, sino la tendencia, la inmediata disposición á él, que es cuanto permite á las actitudes la inmovilidad estatuaría para que no aparezcan teatrales.

El largo manto, que pende del hombro izquierdo, deja descubierto el opuesto al cruzar la espalda para pasar por debajo del brazo derecho y arrollarse luego en el cuerpo, al que con elegantes y severos pliegues cubre por delante desde el pe-

cho. Con esto, ocultándose casi todos los detalles del uniforme militar, la figura gana en sencillez y en grandiosidad. El hombro derecho baja un poco y es llevado atrás por la actitud del brazo, que sostiene la espada desnuda. Esta no pende de la mano, sino que está enérgicamente empuñada por ella, y como si formara parte del organismo vivo, se la ve pronta á seguir la más ligera insinuación de aquella voluntad llena de rayos! Todos los lineamentos tienen esa austera distinción que sugiere á nuestra mente la idea de un personaje superior. Hay en esta figura tanta vida como majestad, tanta conminación como nobleza, y se sienten en ella en armonía sublime el patriotismo y el poder!

Cuando contemplamos por primera vez esta estatua de Bogotá, venía á nuestra imaginación la estatua de mármol de Caracas,

no por la simple razón de la identidad del objeto y del autor, sino por una relación íntima que unía poderosamente las dos obras, como dos elementos de un altísimo concepto. En estas dos obras se tocan los dominios de la vida y de la muerte, se corresponden el tiempo y la eternidad, el heroísmo y la gloria, el combate de la tierra y el reposo de la inmortalidad.

Esta es, á la ligera, la idea que podemos dar de la impresión que nos causó esta obra de uno de los artistas más notables que han ilustrado el arte escultórico, y como todas las obras del genio, encierra profundas enseñanzas.

JUAN DE D. MENDEZ, HIJO.

Bogotá: 25 de Diciembre 1893.



SEÑORA PIA ROLUTI SALTO

PRIMERA TIPLE ABSOLUTA DE LA COMPAÑÍA DE OPERA ITALIANA

MADRILEÑAS



Hoy no vengo tan mal vestido: he decidido ponerme los mejores trapitos de cristiano, para que no diga el público que siempre me presento desgarrado. Aparte esta consideración de peso, éntrome así, ceñido el gabán claro, caladas las gafas de fiesta y relumbrosa la chistera de domingo, porque vengo del brazo de Angel Pons, un artista; y no como quiera sino artista de gallardo continente y de ingenio aún más gallardo que su porte—dos virtudes que merecen premio *in sólido*, sobre todo en estos tiempos de grandezas pequeñas y de ingenios escasos; tan escasos estos últimos, que ni en los restos de la opulencia de Cuba se encuentran, gracias á los Ministros de la Hacienda.

A no ser porque los castelarinos ditirambos van pasando de moda—según Cavia—de ellos me serviría para elogiar con propiedad á mi Artista, que es un dibujante de cuenta, ó de cuerpo entero, como suele decirse.

Pero ni en esta ni en la otra prosa me atrevo yo á esbozarlo. ¡Claro! Como que se avergüenza la pluma de lo que hace á maravilla el lápiz.

Prefiero que “él mismo” se recomiende por medio de estas admirables caricaturas que se empeña en apellidar “monos,” recordando acaso que, allá en los comienzos de su carrera fué de los que amansaron patronas con dibujos dislocados.

Y aquí rompo el braceo para que Angel se entienda con ustedes.

**



Ya está resuelto el problema anarquista: ya la terrible institución (porque según Eusebio Blasco el anarquismo se ha hecho institución) anda en camino de arrepentimientos. De hoy más no temblaremos á la voz espantosa de la dinamita

ni de la sulfurita ni de todas las inofensivas “harinitas” que venían dando juego á la policía europea. También ésta puede darse punto de reposo, y hasta punto y coma, si quiere, ó dos puntos si le hace falta. El problema á que me refiero lo ha resuelto un asombroso periodista de esta coronada villa (sin Corte, pues creo que la Corte no ha metido mano en esta trascendental cuestión). Propone el periodista insigne, que se reparta mensualmente una cantidad á los anarquistas más feroces: á mil pesetas por barba.... ¡Aquí donde las pesetas han llegado á la categoría de peluconas!

La idea, por donde quiera que se la mire es enternecedora!

Cualquiera bota lágrimas como garbanzos.

El mundo de malo que era se va á convertir en un misterioso Edén al cual cantará Carulla en verso bíblico, si no lo llevan á mal los académicos.

Asegúrase que estos criminales (no los académicos; los anarquistas) hechos ya al arrepentimiento y á la honradez, fundarán tiendas de ultramarinos unos; otros se dedicarán al comercio de géneros; aquel publicará un periódico de familias, cuya sección poética pertenece por derecho propio á Vaillant—quien según informa otro periódico de Madrid, ha escrito, ó escribió un soneto estrambote á la Virgen de los Desamparados, mucho antes de la lata de sardinas reventada en la Cámara de Diputados.

A vuelta de estas noticias—repito—que me encuentro conmovido, y estoy por proponer á las autoridades españolas que procedan de igual modo con los fascinerosos de Andalucía, pues andan ¡los pobrecitos! por aquellos breñales á salto de mata.

Con estos procedimientos el anarquismo se trocará en una Asociación parecida á la de los padres de familia, y los periodistas que antes los pintaban como unos impenitentes desaforados, nos dirán el mejor día:

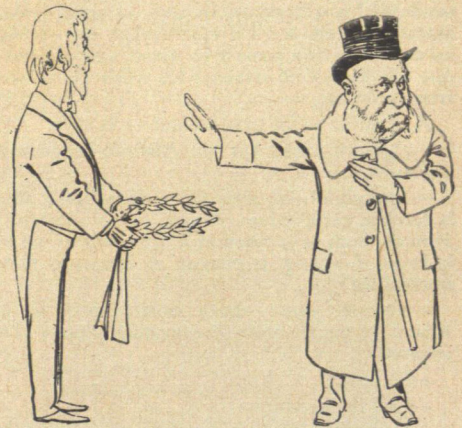


El antiguo y furibundo anarquista D. Fulano, hoy dechado de padres, etc., etc., ha salido ayer mañana de paseo con el Presidente del Consejo, el cual le obsequió con puros de la vuelta abajo. Después conferenciaron en la Horchatería de Candelas sobre la apertura de las Cortes, y luego don Práxedes fué de braceo con su tierno amigo hasta la misma puerta de su casa. Esta noche es posible que el señor Sagasta asista á la tertulia del honrado anarquista, donde se bailará un Cotillón y se cantará un pasa-calle de *La Gran Vía*. También se jugará al tresillo; y se proyecta una partida de caza, en cuyo noble ejercicio hace maravillas el distinguido Señor; pero esta excursión no se verificará hasta que el dislocado peroné del Presidente, no se halle de un todo en su perfecto sitio.

Después de estas sensiblerías madrileñas, dí-

ganme ustedes si no cabe sollozar de contento y arrancándose por lo flamenco gritarle un *olé!* resonante á los periódicos de *trapío*.

**



Con motivo de la gran fiesta literaria celebrada en honor de Núñez de Arce, los admiradores de Campoamor se empeñan en hacer propaganda para una fiesta igual ó superior á la verificada por la Sociedad de Escritores y Artistas. Ese proyectado homenaje al insigne autor de las *Doloras*, huelga.

Es lo mismo que montar la Gloria sobre zancos, para que resulte más alta; es como pensar en agregarle un rayo más de luz al sol espléndido. Que las damas españolas se proponen ofrecerle una rosa natural—dice Kasabal—la flor de la poesía encerrada en artístico cofre de oro; y que el pueblo, el verdadero pueblo, á juicio de Cavia, se prepara á ovacionarle.... Bueno! Y ¿qué se gana con ello? Para que necesita tales manifestaciones el más legítimo, el más espontáneo, el más popular de los poetas?

Campoamor es.... Campoamor. Núñez de Arce será primero: primero es Campoamor.

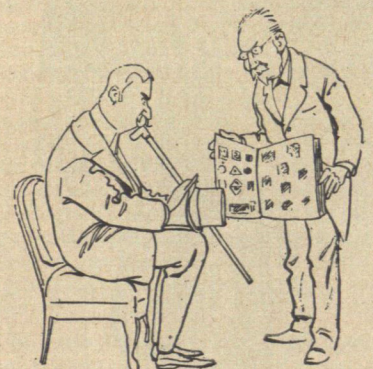
**

No de ahora, es de antiguo que los coleccionadores de sellos (1) en Madrid, vienen muy preocupados con las dichas estampitas. Hay quién da capitales por sellos de la *Edad Media*, porque como esta es la época de los descubrimientos, ha venido á saberse por arte de birlibir-loque que no fué Inglaterra la que en el año 30 realizó la primera edición de sellos, sino un pueblo romano que ha “desaparecido” del mapa como nuestra Guayana de Venezuela.

Esto de coleccionar—me decía un fanático “sellista”—no crea usted que lo hacemos así, á humo de paja: tiene sus ventajas. Si no fuera por los sellos ¿cómo sabríamos que existe, v. gr. ahí, á la vuelta de la esquina como si dijéramos, una república que se llama Venezuela?

—Hombre por la Geografía!

—Cá! No señor. Por los sellos. Figúrese usted que yo he visto unos nuevos, muy monos, acabados de imprimir y en los cuales aparece Colón rodeado de indios.



(1) Estampillas.

—Y qué?
 —Que si eran indígenas tenían que ser venezolanos.
 —Indígenas no, caramba!
 —Bueno indigentes. Da lo mismo.

Una mano de bofetadas es lo que yo daría á uno de estos pelmas. A tal extremo llega la obsesión de los sello-maniácos, que un amigo mío, atacado de esta terrible enfermedad, encontró á mi cartero la otra tarde y lo quiso ahorcar porque éste no le dejó arrancar los sellos de mi correspondencia.

A lo mejor se los tropieza uno en la calle.

—¿Quiere usted ver mi Album?—exclaman atolondrados.

—Imposible!—se grita lleno de espanto, ante la terrible perspectiva—Ahora voy á almorzar! Pero en vano es la resistencia: quieras que no se lo llevan á uno y le plantan el hinchado libro frente á los ojos.

—Ve usted esto?—dicen mostrándonos en el Album un pegote color de chocolate claro—¿Lo ve usted?

—Sí, señor.

—¿Qué le parece?

—Una patata frita.

—No sea usted bruto!: es un sello de Marruecos!

Y hay que creerlos, porque de lo contrario le pegan á uno. Vaya! que si le pegan!

Por de pronto los bailes de máscaras son los que nos tienen atorolados. Con los trajes y las caretas todo el Madrid alegre se ha olvidado de las inundaciones, de las catástrofes, de las bombas Orsini y hasta del Sultán—que es mucho tío—á creer lo que se cuenta. Y por de contado no pensamos más que en divertirnos; en disfrazarnos de cocheros, de zapos, y sobre todo de moros del Riff. Es el traje que más viste á los hombres, porque á las mujeres creo que, que las expone á pillar una pulmonía fulminante el vestido de odaliscas. Prefieren ellas el de chula que—aparte el abrigo—sirve para decirle las cuatro verdades á cualquiera. Una chica guapa y coquetuela, con el palmito entre el pañuelo de seda, el historiado mantón cruzado al hombro, ondeando la pintoresca falda, y puesta airosamente en jarras, es capaz de traer al retortero al más flemático.



Entre un vals corrido y un sorbete; entre una frase con pretensiones de chiste y una sonora carcajada de comparsas, se nos pasan las horas muertas en el Teatro Real admirando las *toilettes*, los rasos, las joyas y los miriflaques de aquellas anónimas estrellas.... Después de la comedia de la vida la mascarada del placer; el trueno jovial de la alegría atropellando la última mueca del dolor; el ruido incesante de los cascabeles apagando el sollozo de las postreras decepciones. También los que no llevamos careta gastamos algo así como la máscara del goce mientras dura ese torbellino de fiesta.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Madrid: 1894.

LAS AVENTURAS DE UNA MARIPOSA Y DE UNA COCHINILLA

El teatro representa la campifia: son las seis de la tarde; el sol se está ocultando. Al levantarse el telón una Mariposa azul y una joven Cochinilla, y ésta á caballo sobre aquella, conversan en una brizna de heno: se encontraron por la mañana y han pasado juntas el día. Como es tarde, la Cochinilla muestra intenciones de marcharse.

LA MARIPOSA.—¿Qué es eso? ¿Ya te vas?...

LA COCHINILLA.—¡Cáspita! Es preciso que regrese. Es tarde; considérelo Ud.

LA MARIPOSA.—¡Qué diantre! Espera un poco; nunca es tarde para volver al propio domicilio. Yo, por mi parte, me aburro en casa. ¿Y tú? ¡Son tan bestias una puerta, una pared, una ventana! Pero fuera están el sol, el rocío, las amapolas, el aire libre y... todo. Si es que no te gustan las amapolas dílo.

LA COCHINILLA.—¡Cómo! Señora, las adoro.

LA MARIPOSA.—Entonces no seas tonta y no te vayas todavía. Quédate conmigo. Ya ves, la temperatura es buena, el aire es suave.

LA COCHINILLA.—Sí, pero...

LA MARIPOSA (*poniéndola en la hierba*).—¡Anda! Revuélcate en la hierba; nos pertenece.

LA COCHINILLA (*resistiéndose*).—No, déjeme Ud.; ¡con formalidad! Tengo que irme.

LA MARIPOSA.—¡Chist! ¿Has oído?

LA COCHINILLA (*asustada*).—¿Qué hay?

LA MARIPOSA.—Aquella codorniz que canta con entusiasmo desde la cepa que vemos desde aquí. ¡Ah! La canción es muy propia de esta hermosa noche de estío, y desde el sitio en que nos hallamos se oye perfectamente.

LA COCHINILLA.—Es verdad; pero...

LA MARIPOSA.—Cállate.

LA COCHINILLA.—¿Qué ocurre?

LA MARIPOSA.—Mira aquellos hombres. (*Pasan algunos hombres.*)

LA COCHINILLA (*en voz baja y después de unos instantes de silencio*).—El hombre es muy malo, ¿no es verdad?

LA MARIPOSA.—Muy malo.

LA COCHINILLA.—Yo estoy siempre temiendo que uno me aplaste al andar. ¡Ya se ve! Sus pies son tan enormes y mis lomos tan débiles... Ud., ¡vamos! Ud. no es grande, pero tiene alas. ¡Esto es horrible!

LA MARIPOSA.—¡Por vida de...! Si esos pesados campesinos te asustan, súbete á mi espalda; mis lomos son fuertes, mis alas no son de cáscara de cebolla como las de las señoritas, y puedo llevarte adonde quieras y durante el tiempo que desees.

LA COCHINILLA.—Muchas gracias, señora. No me atrevo...

LA MARIPOSA.—¿Te parece difícil subir sobre mí?

LA COCHINILLA.—No, pero...

LA MARIPOSA.—Trepas entonces, imbécil.

LA COCHINILLA.—Pero con la condición de que me ha de llevar Ud. á mi casa. Si no...

LA MARIPOSA.—Dicho y hecho.

LA COCHINILLA (*trepando sobre su compañero*).—En casa tenemos la costumbre de rezar por la noche. ¿Entiende Ud.?

LA MARIPOSA.—Sí. ¡Un poco más hacia atrás! Así. Ahora salgo á escape. Silencio á bordo. (*¡Prrrt! Se marchan. El diálogo continúa en el aire.*) Nunca hubiera creído que yo era tan fuerte.

LA COCHINILLA (*asustada*).—¡Ay, señor!

LA MARIPOSA.—¿Qué sucede?

LA COCHINILLA.—Pierdo la vista, siento vértigos; quisiera bajar.

LA MARIPOSA.—¡Qué tontería! Para evitar el mareo hay que cerrar los ojos. ¿Los has cerrado?

LA COCHINILLA (*cerrando los ojos*).—Sí.

LA MARIPOSA.—¿Te sientes mejor?

LA COCHINILLA (*con esfuerzo*).—Algo mejor.

LA MARIPOSA (*riendo con disimulo*).—Decididamente en tu familia no hay buenos aeronautas.

LA COCHINILLA.—¡Oh! Sí.

LA MARIPOSA.—Verdad es que vosotras no tenéis la culpa de que no se haya encontrado la dirección del globo.

LA COCHINILLA.—¡Oh, no!

LA MARIPOSA.—Vamos, señora mía, ya hemos llegado. (*Se posa en un lirio.*)

LA COCHINILLA (*abriendo los ojos*). Ud. perdona, pero no es aquí donde vivo.

LA MARIPOSA.—Ya lo sé; pero como todavía es temprano, te he traído á casa de un Lirio, amigo mío, donde podemos refrescar; pasemos.

LA COCHINILLA.—Sí, pero no tengo tiempo.

LA MARIPOSA.—¡Bah! Nada más que un segundo.

LA COCHINILLA.—Además, aún no he sido recibida en el mundo.

LA MARIPOSA.—Ven; te haré pasar por bastardo mío, y serás bien recibida: vamos.

LA COCHINILLA.—Pero es tarde.

LA MARIPOSA.—¡Qué! No es tarde; escucha la Cigarra.

LA COCHINILLA (*en voz baja*).—Además... yo... no tengo dinero.

LA MARIPOSA (*empujándola*).—Ven; el Lirio regala.

(*Entran en casa del Lirio. Cae el telón.*)

Quando el telón se levanta y el segundo acto comienza es casi de noche. Los dos compañeros salen de casa del Lirio. La Cochinilla está ligeramente embriagada.

LA MARIPOSA (*poniendo la espalda*).—Ahora en marcha.

(*Prrrt. Salen á escape. El diálogo continúa en el aire.*)

LA COCHINILLA (*trepando con ardimiento*).—En marcha.

LA MARIPOSA.—Dime; ¿qué tal te parece mi Lirio?

LA COCHINILLA.—Amiga mía, es excelente; entrega á Ud. su bodega y todo sin conocerla.

LA MARIPOSA (*mirando el cielo*).—¡Oh, oh! Febo oculta ya la nariz tras la ventana. Tenemos que apresurarnos.

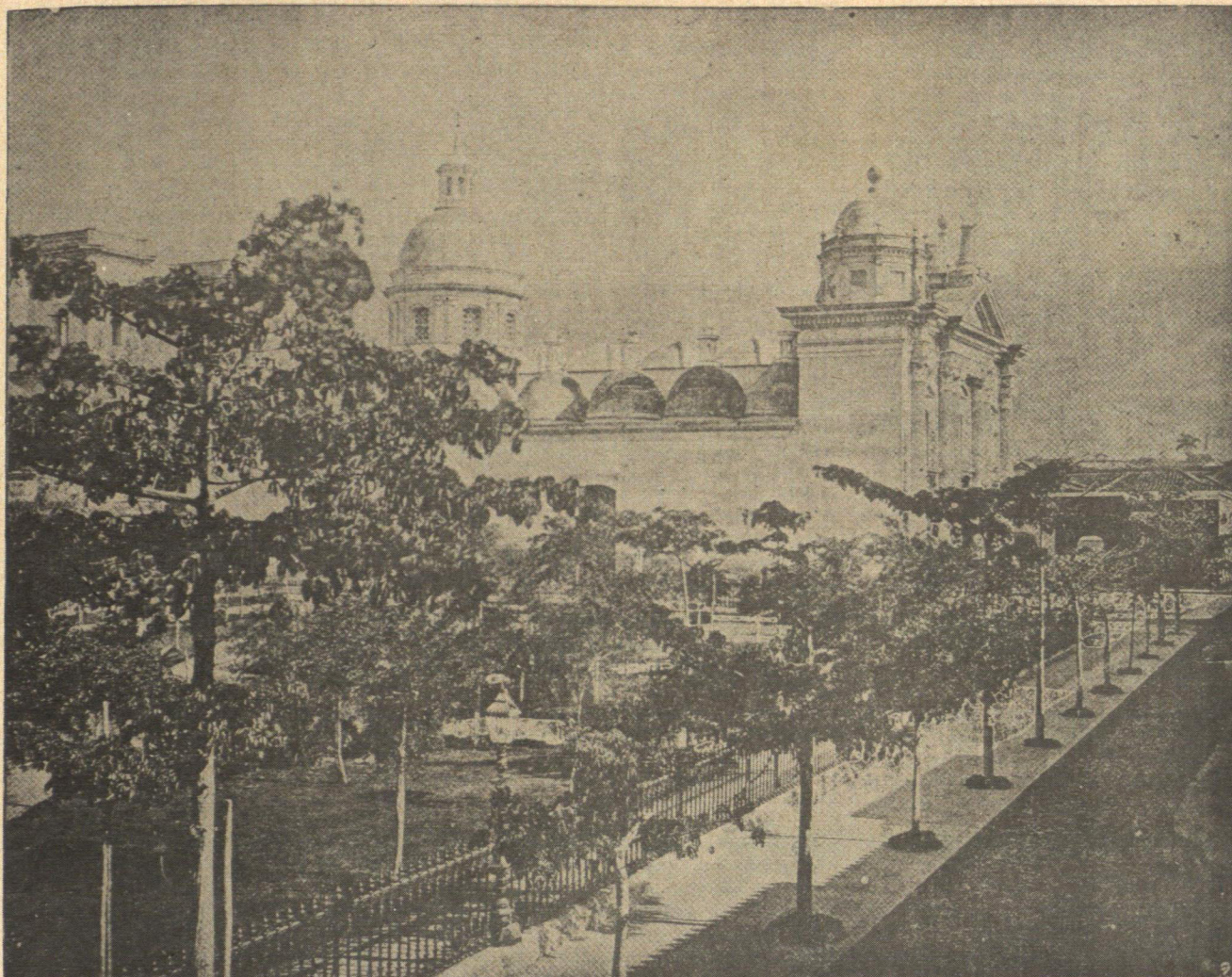
LA COCHINILLA.—¡Apresurarnos! ¿Por qué motivo?

LA MARIPOSA.—¿Ya no tienes prisa para llegar á tu casa?

LA COCHINILLA.—Con tal de que llegue á la hora del rezo... Además ya no está lejos... á la vuelta.

LA MARIPOSA.—Pues si tú no tienes prisa, yo tampoco.

LA COCHINILLA (*con efusión*).—¡Qué



IGLESIA DE SANTA TERESA Y PLAZA WASHINGTON. — Caracas

buena eres! Verdaderamente no comprendo por qué no te quiere todo el mundo. Algunos dicen de tí: es una bohemia, una refractaria, una poetisa, una danzante.

LA MARIPOSA.—¡Hola! ¡Hola! ¿Y quién dice eso?

LA COCHINILLA.—¡Vaya! El Escarabajo.
LA MARIPOSA.—¡Ah! sí. ¡Ese gordiflón! Me llama danzante porque tiene mucho vientre.

LA COCHINILLA.—Te advierto que no es el único animal que te detesta.

LA MARIPOSA.—¡Ah! ¡Diantre!

LA COCHINILLA.—Los Caracoles tampoco son amigos tuyos, ni los Escorpiones, ni las Hormigas.

LA MARIPOSA.—Es verdad.

LA COCHINILLA (*confidencialmente*).—No hagas nunca la corte á la Araña: le pareces feísima.

LA MARIPOSA.—La han informado mal.

LA COCHINILLA.—¡Ah! Las Orugas son de la misma opinión.

LA MARIPOSA.—Lo creo. Pero dime, en el mundo en que vives, porque al fin tú no no perteneces al mundo de las Orugas, ¿soy también mal vista?

LA COCHINILLA.—¡Diablo! Según las familias: la juventud está de tu parte; pero los viejos creen que no tienes bastante sentido moral.

LA MARIPOSA (*tristemente*).—Veo que no tengo muchas simpatías. En suma...

LA COCHINILLA.—¡Por vida mía! No, po-

bre amiga. Las Ortigas te aborrecen; el Sapo te odia, hasta el Grillo cuando habla de tí dice: «Esa ma..... m..... m..... mariposa.»

LA MARIPOSA.—¿Y tú, me odias como esos pícaros?

LA COCHINILLA.—¡Yo, yo te adoro; se está tan bien sobre tus hombros! Y además, tú me llevas á casa de los Lirios... ¡Eso es muy bueno! Pero dime; si te molesto pudiéramos descansar en alguna parte, ¿estás cansada?

LA MARIPOSA.—No hay inconveniente; me vas pesando ya demasiado.

LA COCHINILLA (*señalando algunos lirios*).—Entonces, entremos y descansarás.

LA MARIPOSA.—¡Ah! Gracias. ¡Lirios! ¿Siempre lo mismo? (*En voz baja y con un tono libertino.*) Preferiría entrar al lado...

LA COCHINILLA (*ruborizándose*).—¿En casa de la Rosa? ¡Oh, no, nunca!

LA MARIPOSA (*obligándola*).—Ven, pues. Nadie nos verá

(*Entran discretamente en casa de la Rosa. El telón cae.*)

Cuando empieza el tercer acto es de noche... Las dos compañeras salen juntas de casa de la Rosa... La Mariposa quiere llevar á la Cochinilla á casa de sus padres, pero ella se niega; está completamente embriagada, hace cabriolas sobre la hierba y lanza gritos sediciosos... La Mariposa se ve obligada á llevársela consigo. Cuando

llegan á la puerta se separan, aunque prometiendo volver á verse pronto... Y entonces la Mariposa se va sola ¡y de noche! También se halla algo embriagada; pero su embriaguez es triste: recuerda las confidencias de la Cochinilla, y se pregunta con tristeza por qué la aborrecen tantas gentes sin haber hecho daño á nadie... El cielo está sin luna. El viento ruge, la campiña es negra. La Mariposa tiene miedo, tiene frío; pero se consuela pensando que su compañera está segura, en el fondo de una camita caliente... Entre las sombras se distinguen algunos pajarracos nocturnos que atraviesan la escena con vuelo silencioso. Brilla el relámpago. Malvados animaluchos emboscados en las piedras se presentan á la vista de la Mariposa, moviéndose de ésta. «Ya la tenemos», dicen; y cuando la infortunada, llena de terror, corre de un lado á otro, al pasar, un Cardo la da un pinchazo, un Escorpión la hiere en el vientre con sus pinzas, una robusta Araña peluda le arranca un pedazo de su manto de satén azul, y, por último, un Murciélago le rompe los riñones de un aletazo. La Mariposa cae herida de muerte... y mientras que agoniza sobre la hierba, las Ortigas se alegran y los Sapos dicen: «¡Bien hecho!»

A la hora del alba, las Hormigas, que van al trabajo con sus saquitos y sus calabacinas, encuentran el cadáver al borde del camino; apenas lo miran y se alejan sin

querer enterrarlo. Las Hormigas no trabajan gratuitamente. Por dicha, una Cofradía de Necróforos pasó por allí; sabido es que los Necróforos son unos bichitos negros que hacen voto de enterrar á los muertos; piadosamente se uncieron á la Mariposa difunta y la arrastraron hacia el cementerio... Una multitud de curiosos se agolpó al paso, y cada uno hace varias reflexiones en voz alta. Los oscuros Grillos, sentados al sol delante de sus puertas, dicen con gravedad: «Le gustaban demasiado las flores.» «Corría mucho por la noche», añaden los Caracoles; y los Escarabajos de abultados vientres, contoneándose en sus trajes de oro, refunfunan: «¡Demasiado bohemía! ¡Demasiado bohemía!» Entre toda aquella gente no se pronuncia ni una palabra de duelo por el pobre muerto; solamente las Azucenas se cierran y las Cigarras dejan de cantar.

La última escena pasa en el cementerio de las Mariposas. Cuando los Necróforos concluyeron su obra, un Saltón solemne que había seguido el convoy, se aproxima á la fosa, y dejándose caer de espaldas, comienza el elogio de la difunta. Desgraciadamente, la memoria le es infiel; permanece con las patas por alto, gesticulando durante una hora y enredándose en sus periplos. Cuando el orador concluye, todos se retiran, y entonces, ya desierto el cementerio, se ve salir de una tumba á la Cochinita de las primeras escenas. Deshecha en lágrimas, se arrodilla en la tierra fresca de la fosa y recita una conmovedora plegaria por su pobre compañera que, yace allí.

ALFONSO DAUDET.

ASCENSIÓN AL PICO DE NAIGUATÁ

Las grandes alturas de que está sembrado el planeta que habitamos han despertado siempre junto con el natural sentimiento de la curiosidad, el deseo de escalarlas. Algunos, animados de propósitos científicos, como Sassure, Tyndall, Martins ascendieron á las más altas montañas de Europa para hacer experiencias de física que han hecho imperecederos sus nombres. Humboldt, Boussingault, La Condamine y otros sabios subieron á las más altas cimas de los Andes para hacer investigaciones de la flora, el primero, para sacar las premisas y sentar las bases de su magistral estudio de la geografía de las plantas y los otros dos para estudiar la geognosia y la geografía física. Los más, viajeros y turistas de todos los climas y de todas las naciones, tras el anhelo de impresiones fuertes, recorren las montañas de la pintoresca Suiza, se detienen sobrecogidos de espanto ante el espectáculo grandioso de los grandes glaciares y precipicios desvanecedores ó recrean las miradas en las perspectivas apacibles de los verdes campos, de los pintados valles ó sobre las azuladas aguas de dilatado lago.

Las imponentes montañas que constituyen la parte más féráz y rica de nuestra Patria, que dan origen á los ríos que fertilizan los valles y sostienen la combatida vida de hombres y animales en las ilimitadas llanuras, en gradación ascendente, hasta el límite de las nieves perpetuas, ofrecen los climas más variados y con ellos los frutos juntos de las zonas tórrida y templada. Aislados picachos, atalayas del mar y de la pampa, se levantan sobre las cumbres montañosas y ofrecen al viajero, incomparables

paisajes, dignos competidores de los de otras regiones.

Estas elevaciones, no visitadas aménudo ni aun por los que de diario las contemplan, hállanse frecuentemente cubiertas de espesas nieblas que el más impetuoso viento no alcanza á desalojar. Sólo en las mañanas y hasta la hora en que levanta el sol, pueden contemplarse en toda la plenitud de su belleza tales eminencias.

La Sierra Nevada de Mérida, ramal occidental de los Andes, presenta las mayores alturas del suelo venezolano. Allí se muestran repartidas en un vasto espacio. Sus cumbres y escarpados flancos alimentan la escasa vegetación de los páramos. Las tempestades se desatan sobre esos colosos con impetuosidad de los primitivos tiempos y en las rocas se ven los estragos producidos en siglos no contados, por la fuerza destructora de los elementos ¡Cuán grandiosa se nos presenta allí la Naturaleza! El hombre lucha y luchará siempre en vano para reducir á su dominio esta naturaleza rebelde. Desgraciado el viajero que se aventura en estas soledades; casi siempre sucumbe. Bolívar se engrandece más si cabe, atravesando con el ejército colombiano, libertador del Perú, el dorso de los Andes, y debiera ser conmemorado por la estatua y la pintura como una de las empresas más famosas de aquel héroe.

La cadena ó serranía costanera tiene su origen en el Páramo de las Rosas, cerca del Tocuyo, á 3.500 metros de elevación y en su gran desarrollo de S. á N. E. no presenta alturas de consideración. A lo largo de la costa del mar sus alturas varían entre 1.200 y 2.000 metros; pero es cerca de Caracas que subiendo repentinamente alcanza en la Silla de Caracas y en el Pico de Naiguatá 2.665 y 2.782 metros respectivamente.

En la literatura científica ocupa la Silla puesto prominente y en las narraciones de viajes ha llegado á ser popular. El Naiguatá es menos conocido á pesar de la bella cuanto interesante descripción que de él hizo el viajero inglés Spence, (1) y de la científica del Dr. Avelledo el año de 1879. (2)

El Naiguatá es la cima por excelencia al Este de los Andes y quizás sea el único lugar de la larga cordillera venezolana donde se exhiben con más vigor, por la forma, aspecto y diseminación de sus rocas, los efectos del gran cataclismo que hundió la costa venezolana en muchos puntos y la elevó en otros.

De ahí ese aspecto peculiar que tiene el paisaje de estas alturas. Donde quiera rocas inmensas de las más caprichosas formas; las hay que pudieran compararse con medias lunas, pórticos y columnas coronadas por turbantes como en los cementerios musulmanes. La naturaleza despliega allí la variedad ó la armonía con arte inimitable. A veces sorprende la vista horizontes extensísimos por las aberturas que entre sí dejan las rocas.

La vegetación de aspecto extraño cubre con su manto blanco los espacios vacíos; las *bejarias* de flores purpúreas, las *gaultherias* de rosados pétalos y los lirios azules entapizan las rocas y asoman por entre aquellos caos.

En aquellas alturas no hay árboles, ni puede haberlos por la impetuosidad de los vientos y por la influencia de una temperatura demasiado fría. El incienso (*Eupetelia nerifolia*) de hojas velludas, es el único arbusto que ensaya vivir hasta el último límite de la vegetación arbórea. Una gramínea, la *Chusquea Spencei*, crece en gran

abundancia entre las junturas de las rocas, y en las lagunas formadas por la depresión de los picos, se encuentran yerbas y otras plantas de las regiones sub-alpinas.

El pico de Naiguatá lo forma una acumulación de grandes cantos colocados unos sobre otros, como si fuera obra de gigantes. El panorama que de allí se contempla es de lo más hermoso y pintoresco. Hacia el Norte y Este, la mirada abarca, de un lado, la extensión del mar hasta confundirse con las nubes, suspendidas de la bóveda celeste, aparentemente cóncava; del otro, la prolongación de la serranía sus baluartes y estratificaciones y los valles verdes, salpicados de poblaciones que constituyen la sección Bolívar. Al Sur se divisan las poblaciones del Tuy, resaltando del fondo sombrío de las serranías del mismo nombre; y más allá las reverberaciones de la atmósfera dejan adivinar la extensión ilimitada de la pampa; mientras que hacia el Oeste sierra el paisaje la ancha cadena á manera de cortina plegada artísticamente á trechos.

Nuestra expedición acampó muy cerca del Pico y allí pernoctamos con el objeto de gozar á la mañana siguiente con las variadas escenas de la salida del sol. Los que nunca han ascendido á estas alturas no podrán formarse idea de la grandiosidad y belleza de tal espectáculo en estas latitudes. Las formas caprichosas de las nubes, coloreadas por los débiles resplandores del sol que comienza, los valles de la serranía con su blanca mortaja de nieblas, los agudos picachos ostentando las primeras coloraciones con que el astro rey los tñe, la brisa suave, el aire puro, tales son los encantos, las sorpresas que nos preparan una naturaleza fecunda y riante.

No con un propósito científico, sino con el de mero recreamiento organizamos varios caballeros y el que esto escribe una excursión al celebrado pico; sin embargo se hicieron algunas observaciones barométricas y termométricas, que dejaremos consignadas:

Temperaturas observadas: A las 6 de la tarde, en el primer campamento á 6,250 pies sobre el mar.....7° 5 c.

A las 6 a. m. en el mismo lugar...5° 3 c.

En el Pico (campamento) á las 5½ de la tarde.....4° 2 c.

A las 7 de la noche.....3° 9 c.

A la salida del sol.....2° 5 c.

A esta hora observamos gran cantidad de escarcha sobre la vegetación y en una pequeña laguna se formó una capa de hielo, por efecto de la irradiación nocturna.

El barómetro aneróide señaló para altura del Pico 9,382 pies sobre el nivel del mar.

No queremos terminar sin dejar anotado en esta desaliñada descripción los nombres de los compañeros amables y caballerosos con quienes compartimos los trabajos y placeres de esta excursión. Eran estos, el señor E. Hunt, Administrador del Ferrocarril Central, Albert Cherry, del mismo ferrocarril y que llevaba el importante encargo de hacer las fotografías de la expedición, F. H. Evens, Lorenzo Marturet, S. Schapka y el joven artista Manuel Vicente Ruiz, á cuya fogosa fantasía se deben los hermosos grabados con que hoy se engalana EL COJO ILUSTRADO.

FRANCISCO DE P. ALAMO.

Caracas: febrero de 1894.

(1) J. M. Spence.—Primera ascensión al Pico de Naiguatá.—Caracas, 1872.—El mismo *The Land of Bolívar*.—Manchester 1873.

(2) Repertorio Caraqueño.—Ofrenda de La Opinión Nacional.



ESCENA NOCTURNA EN EL NAIGUATÁ. — Bosquejo por Ruiz



EL NAIGUATÁ CON SU GRAN PRECIPICIO (visto del mar)



Grabado que se encontró en un peñasco del Naiguatá



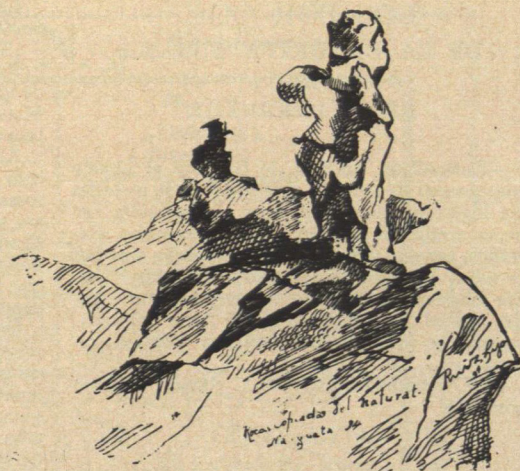
La Pirámide



El guía Custodio



Los expedicionistas del Naiguatá



El cupido de piedra — rocas del Naiguatá



¡EN EL PICO!



ROCAS DEL NAIGUATÁ

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

—Consuélate, querida, le contestó el abuelo muy gozoso de ver que el cerebro de su nietecita era lógico en sus deducciones. Tu amiguita, en efecto, escribió su puño y letra el despacho telegráfico, pero no vino á casa por telégrafo, sino por los tubos atmosféricos existentes debajo de París. Ese telegrama fué metido con otros en un estuche, el cual fué colocado en la boca del tubo; después se hizo el vacío con una máquina especial y.....

—¡El estuche fué aspirado! Ahora he comprendido.

CAPITULO XXI

EL VAPOR ENCERRADO

La niña estaba esperando la hora de ir á la estación para recibir á su papá, que su mamá dió la orden de enganchar con mucha anticipación.

La familia por consiguiente se hallaba en la estación mucho antes de la llegada del tren.

¡Tenía tanto miedo la niña de llegar tarde!

Pablo obtuvo un permiso para pasar al andén de la estación. Desde allí verían llegar el tren de Marsella, y abrazarían al viajero en cuanto saltase del vagón.

Al verse en el andén abrió la niña unos ojos, más grandes aún de lo que eran, ante las locomotoras que iban y venían, los vagones que giraban, los trenes que se formaban ó se deshacían. Los agudos silbidos de una locomotora maniobrando, obligaron á la niña á taparse las orejas; y el ruido que hizo al pasar la corriente de aire por aquella producida, la hizo retroceder bien asustada.

Susanita había viajado por el ferrocarril, pero siempre había subido al vagón precipitadamente sin mirar siquiera la locomotora. Por consiguiente era la primera vez que veía tan poderosa máquina, y la examinaba, la consideraba, se preguntaba cómo podría andar sola y arrastrar en pos de sí tantos vagones.

Levantó la vista para fijarla en su hermano; pero éste miraba al horizonte y no reparó en ella.

Entonces pensó la niña en recurrir á su madre; mas ésta, en la inquietud natural de quien espe-

ra contando los minutos, ni siquiera fijó la atención en su querida hija que daba vueltas á su alrededor.

Pero quedaba el abuelo. Este último, aguerrido en las emociones, estaba al parecer más tranquilo. Se había acercado á una locomotora de nuevo sistema, recientemente construída, y la estudiaba con singular interés.

Viendo la niña que no podía contar con su hermano ni con su mamá para que respondieran á una pregunta que le bullía en la cabeza, empezó á dar vueltas en torno de su abuelito y acabó por poner sus manos entre las del buen señor. Este se las estrechó con un movimiento natural, sin mirarla siquiera, sabiendo de sobra de quien eran aquellas dos manitas.

Pero no era eso lo que la niña buscaba. Esperó algunos momentos, y al fin se apoyó con fuerza en la mano de su abuelo, que al sentirla preguntó:

—¿Qué quieres, hija?

—Eso es una locomotora, ¿no es verdad?

—Sí

—¿Y eso es lo que arrastra los vagones?

—Sí, respondió brevemente el abuelito que seguía viendo el mecanismo de la nueva máquina.

—¿Y anda sola?

—Sí,

—¿Por qué?

—¡Hola! murmuró el anciano, ya tenemos pregunta. Veamos, ¿qué quieres saber?

—Quiero saber por qué anda sola una locomotora.

—Tu pregunta, hija mía, se me figura algo rara. Anda sola porque anda sola: ¿Es que un caballo no anda solo también?

—Sí, pero el caballo está vivo, mientras la locomotora.....

—¡Vamos, ya veo que no me dispensas de una contestación! dijo el abuelo riendo.

—Sí, abuelito, contéstame.

—La locomotora camina sola, como tú dices, porque encierra vapor.

—¿Qué hace el vapor encerrado en la locomotora? dijo la niña á quien no había bastado la explicación del viejo.

—Lo que hace el vapor es poner las ruedas en movimiento, y ¡es claro! cuando las ruedas giran la locomotora anda ¡Eso se comprende!

—Sí, lo comprendes tú; pero lo que yo no entiendo es por qué el vapor hace girar las ruedas.

—Está visto que es necesario explicártelo todo y hacer tu voluntad, dijo el abuelo suspirando como si la tarea que le imponía su nieta fuera muy desagradable; pero en el fondo se alegraba mucho de satisfacer la curiosidad de la chiquita.

—Sí, es necesario, dijo la niña á quien los suspiros del anciano hacían muy poco efecto.

Y añadió para decidirlo totalmente:

—Si el vapor hace andar las ruedas, es que tiene mucha fuerza, ¿no?

—La tiene considerable.

—¿Pero eso es posible?

—Cuando hablamos de las nubes ¿no empezé por preguntarte si habías visto agua sobre el fuego?

—Sí, me pusiste ese ejemplo para hacerme ver los vapores que se escapan.

—Justamente. ¿Y no has visto á veces que la tapadera de un cazo suele saltar cuando el agua empieza á hervir, esto es, cuando da vapor?

—Sí, algunas veces la tapa se levanta y parece que la empujan, pero en seguida vuelve á caer.

—¿Y quién te parece á tí que empuja esa tapadera? Supongo que podrás decírmelo tú misma.

La niña meditó breves segundos.

—¡Toma! dijo al cabo; la empuja el vapor del agua escapándose para subir.

—Indudablemente es el vapor; y si el vapor levanta la tapadera, es claro que tiene fuerza.

—Pero entre levantar la tapa de un puchero y hacer girar unas ruedas tan pesadas como las de una locomotora, hay bastante diferencia.

—Concedido; pero si la pequeña cantidad de vapor que sale del puchero tiene ya alguna fuerza, ¿qué fuerza no tendrá una cantidad muy grande de vapor?

—¡No había pensado en eso! exclamó ingenuamente la niña. En ese caso, la locomotora tiene mucho, mucho vapor de agua. Vaya, explícame como se hace andar una locomotora, ¿quieres?

—No, eso nos llevaría muy lejos, y á pesar de

tu inteligencia no comprenderías gran cosa si yo entrara en detalles.

—¡Pues no entres en detalles! exclamó la niña. Esta respuesta hizo reír al abuelo.

—¿Me lo exigis absolutamente? preguntó.

—Sí, abuelito, respondió resueltamente Susaneta.

Entonces el abuelo, mostrando á su nietecita la locomotora que estaba examinando, le dijo:

—¿Qué hace falta para producir vapor?

—Agua y fuego.

—Te indicaré ante todo donde se pone el agua y donde se hace el fuego en la locomotora. Se pone el agua en ese gran cilindro que tienes delante de los ojos y que forma el cuerpo de la máquina. Ese gran cuerpo cilíndrico es una inmensa caldera. El fuego se hace en la parte posterior, en un ancho horno delante del cual se coloca el togonero, es decir, el hombre encargado de echar al horno carbón de piedra, que alimenta el fuego para que no se apague en el camino; el maquinista es el encargado de dirigir la marcha de la locomotora.

Tenemos ya el agua y el fuego que se necesitan. El fuego del horno hace hervir el agua de la caldera, obligándola á despedir vapor.....

—¿Y el vapor empuja la tapadera? dijo la niña interrumpiendo al anciano.

—La tapadera, no; empujará alguna cosa, pero no será la tapadera. Si levantara una tapadera, el vapor se escaparía como del puchero que decíamos antes, y en ese caso de nada serviría; se perdería por completo un vapor que se necesita aprovechar.

—¿Pues á qué da impulso?

—Escúchame un poquito y lo sabrás. Seguramente querría levantar esa tapa que decías ahora, mas no se le consiente que se tome tamaña libertad. Por el pronto se halla preso, encerrado, en esa inmensa y sólida caldera, y como todos los presos, busca por donde evadirse. Revuélvese entre las sólidas paredes de su cárcel, quisiera demolerlas, romperlas, derribarlas para emprender la fuga. Felizmente los muros de su prisión, es decir, las paredes de la caldera, son fuertes y resistentes. Pero al fin descubre una salida por un caño que hay en la parte delantera, allí, justamente debajo del tubo de la chimenea. Se precipita pues por aquel caño. Cree sin duda encontrarse ya al aire libre y en plena libertad. Pero aun no han concluido sus penas. En efecto, ¿qué es lo que encuentra al término del caño?

—¡Un gendarme que le impide salir! dijo la niña siguiendo la comparación de su bondadoso abuelo.

—¡Casi, casi! Encuentra este tubo grueso que ves aquí, debajo de la chimenea y á la altura de las ruedas.

Naturalmente se lanza por el tubo, esperando verse libre, pero.....

—¡Otro obstáculo! dijo la niña, ¡está visto que á ese pobre vapor se le hace pagar cara su libertad!

—Cierto. Se le hace pagar su libertad antes de dársele. En medio de ese tubo que tienes á la vista, se estrella nuestro vapor contra una pieza fundida que se llama pistón.

—¿Pistón? ¿y qué es eso?

—No voy á darte su definición. Me contentaré con tomar de nuevo el mismo símil, y te diré que consideres el tal pistón como la tapadera.

Ya tenemos al vapor tropezando con una tapadera: ¿Qué hará?

—Empujarla, probablemente.

—Es claro. Y como la tapadera, llamemos así al pistón, está unida por cierto mecanismo á las ruedas de la locomotora, al empujar la tapadera...

—¡Empuja las ruedas! exclamó la niña muy contenta.

Y agregó:

—¿Pero qué hace después?

—¿Cómo?

—¿Qué se hace el pobre vapor?

—Recibe su libertad.

—¡Bien le ha ganado!

—Una vez que ha dado impulso al pistón, á la tapadera si así te gusta más, se le deja salir por el tubo de la chimenea, como has podido verlo por tus propios ojos. No te explicaré por qué ingenioso cuanto sencillo sistema se logra enviar el vapor tan pronto por la derecha como por la izquierda del pistón para que las ruedas sean

movidas, ni de que manera está arreglado cada detalle de tan admirable mecanismo. Bástate la convicción de que el vapor hace girar las ruedas; y, es claro, cuando las ruedas giran la locomotora anda. Lánzase al espacio arrastrando los pesados vagones que se le confían.

En aquel momento llegaba la señora del brazo de su hijo Pablo, diciendo muy conmovida:

—¡El tren de Marsella está anunciado!

Los cuatro, en el centro del andén, esperaron silenciosos.

Y poco después apareció á la vista, envuelto en humo y lanzando rugidos estridentes, el anhelado tren en que debía llegar el jefe de la familia.

CAPÍTULO XXII

LA VUELTA DEL MARINO

En el instante de pararse el tren, los cuatro personajes del andén se sintieron poseídos de una profunda emoción.

¿Vendrá? se decían. ¿No habrá surgido á última hora algún obstáculo que haya retrasado su salida de Marsella? ¿Qué decepción para todos, si la ya larga ausencia del jefe de la familia hubiera de prolongarse todavía por algunos días ó por algunas horas!

Ya se abrían las portezuelas, y más de un viajero estaba en el estribo sacando de su vagón los sacos, las mantas y las maletas.

El marino, á todas estas, no se presentaba.

La primera que lo vió fué Susaneta.

—¡Papá! exclamó con un acento que rebosaba alegría, tanto que algunos viajeros se volvieron á mirarla.

Pero la niña se había desprendido de las manos de su madre echándose al cuello de su padre que la abrazaba temblando de emoción.

—¡Hija mía! murmuraba ¡cómo has crecido y que monísima estás!

Y sin soltar á la niña, abrazó el marino á su mujer, á su hijo y á su suegro.

Los equipajes fueron colocados en un ómnibus, y éste siguió al coche en que tomaron asiento los cinco personajes.

El trayecto fué silencioso.

El capitán de navío no se cansaba de mirar á los seres queridos de los que por tanto tiempo se había visto separado.

Sus ojos revelaban la más sincera alegría y sus labios no encontraban expresiones para manifestarla.

Aquel fué un día de fiesta en el hotel del parque de Monceaux.

Los amigos del recién llegado, noticiosos de su vuelta, iban unos tras otros á estrechar su mano y darle la bienvenida.

Estas visitas de amistad contrariaban mucho á la encantadora niña, que quería disfrutar ella sola de su padre. Y cada vez que anunciaban una nueva visita, la muchacha hacía una mueca significativa y muy graciosa que su padre al momento comprendía. Su sentido no era dudoso.

El marino hizo una seña á su hija para que se le acercara, la besó y le dijo:

—Mañana daré orden de no recibir á nadie; pasaremos la tarde solos en familia. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí, papá, eso mismo.

El padre cumplió su palabra al día siguiente; advirtió á la servidumbre que no recibía á nadie y se instaló en la sala con toda su familia.

La señora interrogó ampliamente á su marido sobre las dificultades de su comisión y las peripecias de su viaje. El suegro también le hizo preguntas repetidas. Pablo igualmente. El marino les respondía con circunstanciados pormenores, que seguramente eran interesantes para la niñita, pues se contentaba con oír sin interrumpir ni preguntar.

Cuando el marino hubo satisfecho la curiosidad de los suyos, exclamó:

—¡Pero yo os cuento mis cosas y no me decís nada de las vuestras! ¿No es hora ya de que me habléis de vosotros?

Algo sé ya, pero no todo lo que deseo. No ignoro que la señorita Susana atormenta á su abuelito, así como á su hermano, con los más interminables por ques. En eso no ha cambiado y yo me alegro mucho. Puesto que para instruirse no tiene más que preguntar, seguramente aprenderá cuanto deba saber sin fastidio y sin dificultad.

Continuará

Como se anunció en el *Diario de Caracas* el sábado 10 del presente, se efectuó el día 12 la ocultación de las Pleiadas por la Luna, fenómeno representado en el dibujo aquí adjunto.

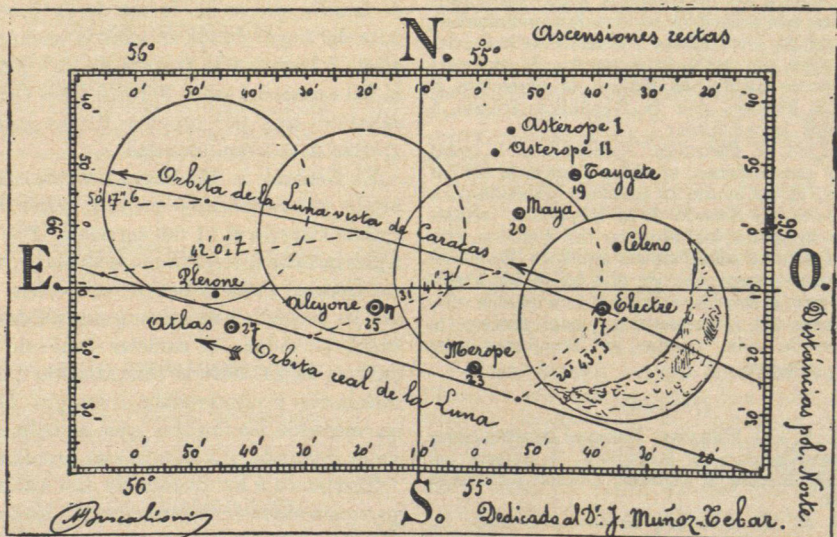
Las observaciones efectuadas resultaron satisfactorias para los cálculos consiguientes, á pesar de las dificultades que presentaban, gracias á los hábiles esfuerzos de los señores Don H. Boulton y Dr. Luis Ugueto.

He aquí los resultados de las principales observaciones:

Emersión de <i>Electre</i>	á 6 hs. 19 ms. 13 s.
Emersión de <i>Merope</i>	" 6 " 27 " 8 "
Una imersión	" 6 " 33 " 28 "
Imersión de <i>Alicyone</i>	" 6 " 37 " 29 "
Una imersión	" 6 " 49 " 2 "
Emersión de <i>Maya</i>	" 6 " 56 "
Emersión de <i>Alicyone</i>	" 7 " 39 " 3 "
Imersión de <i>Pleione</i>	" 7 " 51 " 28 "
Emersión de <i>Pleione</i>	" 8 " 26 " 24 "

Lo que se verificó de más notable durante las ocultaciones fué la disminución progresiva de la luz de las estrellas en las imersiones detrás del borde oscuro de la Luna, fenómeno que merece especial estudio.

M. BUSCALIONI.



ARÍSTIDES ROJAS

¡Sabia ley la de la muerte!
 ¿A dónde llegaría el hombre en el olvido de su miseria si no viniese la muerte á recordársela?

Es forzoso que perezca de súbito y á deshora el que á mayor altura llega para que la advertencia por lo dura sea eficaz.

Es forzoso, para que recordemos la inmensidad de Dios, que la grandeza de la tierra desaparezca de nuestra presencia como arista que arrebatara el huracán, como grano de arena que arrastra la resaca.

¡Sabia ley la de la muerte!

Sin ella no sabríamos que precisa hacernos grandes por lo que Dios nos dió de su grandeza, por el espíritu, para que no vayamos en silencio á los abismos del olvido.

Grande por la inteligencia, grande por el corazón, grande por el ejemplo ARÍSTIDES ROJAS, murió para recordarnos la inmensidad de Dios y probarnos que sólo lo que es reflejo suyo en el hombre es grande sobre la tierra: ahí quedan sus obras y el recuerdo inmortal de sus virtudes.

EL COJO ILUSTRADO se honró con la constante y desinteresada colaboración del docto historiador cuyo nombre es gloria de la América Latina; y con pesar profundísimo se asocia al justo duelo de la patria y de las letras.

El Ejecutivo Nacional apenas informado de la infausta nueva se apresuró á dictar el decreto que insertamos á continuación y que honra la memoria del ilustre muerto.

MANUEL GUZMAN ALVAREZ

GENERAL DE LA REPUBLICA Y PRESIDENTE DEL CONSEJO DE GOBIERNO, ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Considerando:

1º Que el ciudadano Doctor ARISTIDES ROJAS, cuya muerte deplora hoy la sociedad venezolana, ha ilustrado, como literato eminente y escritor muy distinguido y estimado el nombre de la Patria, con obras de saber y de ingenio;

2º Que su vida fué, sobre todo, ejemplar y espejo de un patriotismo sincero y digno del más alto encomio, por haber dedicado su inteligencia y actividad á propósitos siempre inspirados por un sano interés público de utilidad y honra nacional, procurando el mayor brillo y el más extenso difundimiento de las glorias de la República;

3º Que en todas las épocas de su importante existencia, prestó el Doctor ARISTIDES ROJAS á la Nación servicios eficaces y meritorios, con abnegada consagración al propósito que se le encomendara por el Gobierno ó por las Corporaciones que utilizaban su decidida voluntad de cooperar al bien público y al lustre de la Patria.

4º Que por todo lo expuesto, la memoria del Doctor ARISTIDES ROJAS es acreedora á los altos honores que la República tributara á sus hijos beneméritos;

5º Que el Ejecutivo Nacional tuvo como primer pensamiento, al saber la noticia de su muerte, el de honrar su memoria pidiendo para sus restos, al Senado de la República, actualmente instalado, los honores del Panteón, con la declaratoria oficial de ser aquél un Eminente Ciudadano; pero que de ello ha debido abstenerse por acatar las últimas terminantes disposiciones del sabio escritor, que previno la omisión de toda pompa en las ceremonias de su entierro,

Decreto:

Art. 1º El Ejecutivo Nacional lamenta como una pérdida para la República, la muerte del patriota, literato y escritor, Doctor ARISTIDES ROJAS.

Art. 2º El Ejecutivo se asocia al duelo de la familia del ilustre finado, y lo presidirá junto

con sus deudos en el entierro, el lunes 5 de los corrientes, á las 9 de la mañana.

Art. 3º Se excita á los Altos Cuerpos del Estado y á las Corporaciones Científicas de creación oficial, tanto como á los empleados nacionales y del Distrito Federal, á dar solemnidad con su presencia á las ceremonias de la inhumación.

Art. 4º Una Comisión, que será designada al efecto, presentará, á nombre del Gobierno de la República, el pésame á la familia del esclarecido patriota, y le entregará un ejemplar auténtico del presente Decreto.

Dado, firmado de mi mano, sellado con el Sello del Ejecutivo Nacional, y refrendado por los Ministros de Relaciones Interiores y de Instrucción Pública, en el Palacio Federal, en Caracas, á 4 de marzo de 1894.—Año 83º de la Independencia y 35º de la Federación.

M. GUZMÁN ALVAREZ.

Refrendado,

El Ministro interino de Relaciones Interiores,
 VICTOR ANTONIO ZERPA.

Refrendado,

El Ministro interino de Instrucción Pública,
 EZEQUIEL MARÍA GONZÁLEZ.

NECROLOGIA

Cuatro personas distinguidas han muerto en estos últimos días, por lo que llenos de inconsolable pena quedan hogares respetables y dolorosamente impresionada la sociedad en general:

El señor ALFREDO ESTELLER, joven escritor y poeta muy estimado, hermano de Benito, y como él á deshora arrebatado á la familia á la sociedad y á las letras. Pertenecía á una familia extensamente relacionada y general y justamente estimada. Era ALFREDO ESTELLER ejemplo de laboriosidad y de honradez, culto caballero y excelente ciudadano.

El señor LUIS A. PACHECO, persona que gozó de generales simpatías por su carácter bondadoso y franco, honrada conducta y culto trato. Era hombre ilustrado, especialmente en lenguas, por lo que desempeñó con recomendable eficacia y por muchos años el puesto de intérprete de la Aduana de La Guaira. Perteneció PACHECO á muy distinguida familia y era padre de una muy honorable y numerosa á la que deja nombre limpio y digno ejemplo.

La señora JUANA DE BÁEZ, virtuosa madre de familia que en la fuerza de la juventud falta del hogar donde en vano la reclaman el afecto del esposo y la ternura de los hijos. Fué la fiel esposa del señor Fermín Báez Oramas, caballero que por muchos títulos goza del aprecio de nuestra sociedad.

El General J. M. PIRELA SUTIL, renombrado y pundonoroso militar, fallecido en Puerto Cabello el 11 del corriente. Por múltiples razones es en extremo sensible la muerte del General PIRELA SUTIL: su pericia militar, su probado patriotismo, sus sólidas virtudes privadas, su carácter benévolo y la cultura de su trato le conquistaron pública estimación y numerosísimos amigos. Merece su memoria los honores que se tributan al valor ilustrado, y á la más alta probidad.

Enviamos á los deudos de tan estimables personas nuestro recuerdo en tan tristes circunstancias.

NUESTROS GRABADOS

Pobre y descarnada de asuntos ha quedado la sección para el redactor de estas notas; pero ganan con ello los lectores, porque más menudamente detallados y con más acopio de doctrina han de ser expuestos en secciones especiales por doctas plumas de los colaboradores de EL COJO ILUSTRADO.

Las numerosas vistas copiadas del natural por el joven pintor Ruiz, las fotografías de Monseñor Tonti y de la estatua del Libertador en la plaza Bolívar, de Bogotá, van acompañadas en el texto de las explicaciones necesarias á fijar la atención de los lectores.

General Joaquín Crespo

Presidente Constitucional de Venezuela

En la tarde del 14 de los corrientes ha tomado posesión de la Presidencia constitucional de Venezuela, el señor General Joaquín Crespo, caudillo de la última revolución.

Solemnísimo fué el acto, del cual participaron como testigos todas las corporaciones y secciones en que el sistema de nuestro Gobierno se divide, el clero de la República, representado por sus altos dignatarios, y los cuerpos diplomático y consular.

También han estado en Caracas, acompañando al Presidente, algunos de los primeros Jefes de los Estados.

Desde un día antes, las principales avenidas que conducen á la morada del señor General Crespo se hallaban engalanadas y concurridas.

Los festejos públicos comenzaron desde la tarde del día trece y han durado hasta el 15.

Muy sinceramente deseamos que el período administrativo que comienza sea fecundo en bienes para el país y en gloria perdurable y excelsa para el nuevo Presidente.

Iglesia de Santa Teresa y plaza Washington de Caracas

Es uno de los más bellos edificios con que la mano del progreso ha enriquecido á la Caracas moderna; y casi es una reparación rendida á la Iglesia, la de la construcción de esa Basílica.

Mirada por el Sur, bajo el sombrío follaje de los árboles que ocupan el antiguo espacio de la demolida Iglesia de San Felipe, parece uno hallarse trasportado á las magnificencias de otros países, donde el fervor religioso y la población obran juntos el milagro de los monumentos grandiosos elevados á la piedad y al culto.

No se observa en la vista que publicamos la estatua del fundador de la Gran República, pero cuantos la conocen celebran la propiedad de la actitud y la significación en tierra de republicanos del ejemplo que reproduce.

Señora Pia Roluti Salto

Es lo mejor, lo único bueno quizás, traído por el comisionado del Gobierno para la actual temporada de ópera.

Permaneció oscura, desapercibida en las primeras funciones, por los papeles que se le asignaban; y ahora parece haber empeño en abrumarla, en gastarla para el público que no se cansa de aplaudirla.

Un hecho muy significativo tiene en su abono: el de haber sido reclamada por entendidos aficionados para que cante en *Giocanda* y en *Aida*.

Pardo y Pons

Desconocen ustedes esa firma? Pues es la renovación de un pacto, modificado por las circunstancias de la época y por el transcurso de los años.

Antes nos representaba España; y ahora tienen ustedes á un americano, y no de los viejos, que hace la presentación de un español, notabilidad en su país entre los más notables de la coronada villa.

Fortuna la de Pardo! Por eso las agarraderas del adagio: *ninguno es profeta en su tierra*.

Nuestro joven compatriota, mirado aquí casi con enojo porque se ha hecho á mazo de perseverancia en el estudio, ha alcanzado en pocos meses fuera del país, entre los hombres de labor intelectual, un éxito singularmente halagador.

Su firma figura hoy en España y en los periódicos de más crédito al lado de las de los literatos afamados, de renombre continental. No significa esto, sin embargo, que haya llegado al final de su carrera, que sólo la muerte las concluye á la edad de los treinta años; ni es tampoco indicación de que no le falte adelantar; pero ello implica que su vocación eran las letras, y que la literatura americana cuenta un nombre más en sus representantes.

Prueba de esa deferencia con que ha sido tratado el joven Pardo, es la ilustración de su artículo por un dibujante como Pons.

ACTUALIDADES

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Así como hay gustos que merecen palos, los hay que merecen que el que tiene una pluma en la mano, como yo en este momento, llame bárbaros, así; con todas sus letras, á los que dan públicas muestras de poseer tales gustos.

Y, si no, díganme ustedes si se puede llamar de otro modo á los que se detienen en la calle á contemplar la agonía de un perro envenenado por la policía.

He visto en estos días grupos de cincuenta ó más personas, adultas la mayor parte y muchos de gabán y chistera, siguiendo con el mayor interés y dando muestras de serles ello grato, hasta los menores detalles del proceso de intoxicación de un pobre perro que pagaba con la vida los delitos que pudiera haber cometido si se hubiese visto atacado de hidrofobia.

Yo quisiera saber qué piensa sobre este punto la Sociedad Protectora de los Animales; aunque por lo visto no existen para ella animales fuera del caballo ó es éste el solo digno de su protección.

La misma razón que hay para envenenar perros, porque pueden ponerse rabiosos, la habría en Francia, por ejemplo, para guillotinar obreros porque pueden hacerse anarquistas; y, si hay alguna diferencia, está en favor de los perros, que ni tienen la inteligencia del hombre, ni se ponen rabiosos de grado y espontáneamente.

La Sociedad Protectora de los Animales debía recordar que el perro es tan animal como cualquiera de los que presencian satisfechos su agonía; y quizás, y aún sin quizás, menos. Y, siendo así, ¿por qué se cruza de brazos ante el espectáculo de un animal no sólo inofensivo normalmente sino útil y noble, muriendo envenenado en el arroyo, por causa de pura precaución.

La muerte no debe nunca figurar en el número de las precauciones, ni aún tratándose de los perros. Pero ya que no se puede hacer otra cosa con los perros vagabundos, que se eliminen, pero fuera de poblado y de modo más humanitario, ó *perratario*, con permiso de la Academia; con tanta mayor razón cuanto que así se libraría la gente gulta del espectáculo más repugnante aún del corro festivo en torno del animal espirante.

Si del comercio dependiera ya no existiría la lengua castellana.

Parece que es condición establecida é ineludible el que la correspondencia mercantil sea escrita en galimatías; y, si no, no se ganan pesetas.

Comprendo perfectamente que en la correspondencia mercantil se tienda á la brevedad y se busque de consiguiente la concisión; pero ello no implica la necesidad de escribir disparates y de emplear geroglíficos á guisa de abreviaturas.

Sería interminable la tarea de enumerar todas las absurdas frases de cajón, las impropiedades é indescifrables abreviaturas empleadas de diario en la correspondencia mercantil que se lleva ó más bien se pretende llevar en castellano. Y digo esto, porque la escrita en otras lenguas, bien que pecaminosa, al fin se lleva en alguna lengua conocida y no en logogrifos como la pseudocastellana.

A cualquiera que no sea comerciante le ofrezco, para que no lo descifre, el siguiente rompecabezas:

Si el 17 del ppto. cubrióse el 15 de aviso de agente.

Repito que comprendo la necesidad de que el estilo mercantil sea breve, pero dígaseme si hay brevedad en el siguiente disparatado circunloquio:

Del seno de su citada carta de 17 de febrero próximo pasado, hemos retirado letra contra estos señores H. & C^a por fr. 4.000 que ahora nos remesan.—ACOMPANAMOS las debidas gracias.

Esas treinta y tres palabras podrían reducirse á doce, así:

Recibimos la letra por fr. 4.000, que cobramos de H. & C^a—Gracias.

Lo cual quiere decir que en correspondencia mercantil, como en otras muchas cosas mercantiles españolas, priva antes la rutina que la brevedad.

Pero Dios libre á un empleado de correspondencia de escribir en castellano y con sentido común: á luego se desacredita y no hay quien le tome porque *no escribe comercial*, ó se pica de literato, circunstancia ésta que constituye nulidad y es indicativa de deficiencia intelectual para la profunda ciencia de comprar á cuarto y vender á medio.

Dícese que en todas partes cuecen habas y que en la América latina, singularmente, no padece excepción el proverbio. Podrá ser esto cierto, pero no lo será menos el que ya quisieramos que aquí no se cocieran ciertas habas como no se cuecen en otros pueblos vecinos y amigos nuestros.

Por ejemplo, una de las habas que no se cuecen en Colombia es la que verán mis lectores si se toman la pena de leer lo que copio á continuación, tomado del *Correo Nacional* de Bogotá del 17 de febrero próximo pasado:

INSPECCIÓN DE CARNES EN EL MATADERO PÚBLICO DE BOGOTÁ

Mes de Enero de 1894

Número de reses examinadas.....	1,280
Sabaneras.....	309
Procedentes de tierra caliente.....	971
De muy buena calidad.....	121
De calidad buena.....	1,056
De calidad media.....	98
De calidad mala.....	5
Por flacura excesiva, y fiebre, se rechazaron.....	2
Por gastro-enteritis infecciosa; septicemia, se decomisó la carne de.....	3
Reses cuya carne no se dejó expendir fresca, y se hizo salar, por flacura, maltrato, etc.....	2

Organos decomisados:

Hígados con lesiones de distomatosis.....	146
Hígados con abscesos.....	4
Pulmones con lesiones de distomatosis.....	36
Pulmones con materias regurgitadas.....	7
Organos con lesiones diversas (seudotubérculos, abscesos, edema, etc.)... varios	
Carne contusionada, infiltrada, se decomisaron.....	£ 4
Fetos, se decomisaron.....	70

Plaza de mercado

Se decomisó en el mes de Enero de 1894:	@ 7
Carne de res en estado de descomposición.....	7 18
Carne de cerdo en estado de descomposición.....	3 14
Carne de oveja en estado de descomposición.....	15
Organos de res alterados ó con lesiones parasitarias.....	2 10

Organos de cerdo alterados ó con lesiones parasitarias.....	21
Organos de oveja alterados ó con lesiones parasitarias.....	5
Conejos en estado de descomposición.....	11
Frutas alteradas.....	23 13

El Inspector Jefe,

CLAUDE VERICEL.

Bogotá, 1^o de Febrero de 1894.

Ahora yo pregunto cuántos hígados con lesiones de distomatosis y cuántos pulmones con materias regurgitadas se decomisaron aquí en el mes de febrero? ¿Será que no los había, que no se sabe si los hay ó no, ó que no se publica? Y perdonen ustedes la curiosidad.

Diálogo corriente:

—Mi señora doña Perfecta! ¿cómo está usted?

—Gracias. Sin novedad.

—Siempre con muy buena salud, eh? Vaya, me alegro.

—Si señor, á Dios gracias y á que á mi casa no entran médicos.

—Que han de entrar si no tienen á qué, como no sea á visitar á usted como amigos. —Ni como amigos les quiero, porque, aun no hablándose de enfermedades, ellos no desperdician la ocasión de encajar alguna receta; y le matan á usted, créalo don Prudencio, lo matan á usted con sus menurjes.

—¿Y á mí por qué?

—Es un decir.

—¡Ah!

—No puede usted figurarse lo que son los médicos. Vea usted cómo se ha muerto don Zacarías, después de haberle visitado todos los médicos de Caracas.

—Sí, señora; y usted también se morirá; y yo también; y todo el mundo visítente ó no los médicos.

—Es que el pobre don Zacarías ha muerto antes de tiempo, sacrificado por los médicos.

—En ese caso ya las autoridades judiciales se habrán hecho cargo del asunto y seguirán á esos señores el sumario correspondiente.

—Así debía ser; pero noones.

—¿Y qué enfermedad aquejaba á don Zacarías?

—Una tontería que se hubiera curado con cualquier cosa: figúrese usted que de un catarro descuidado le quedó una tos que le mortificaba mucho; esputaba sangre, le daba fiebre por las tardes y padecía de unos sudores copiosísimos. Al principio, siguiendo mis consejos, no quiso llamar médico; pero tanto le instó todo el mundo para que se hiciese recetar, que el bendito señor accedió y no obtuvo con temporadas en Los Teques y demás recetas de los médicos, sino ponerse cada vez más flaco y atrapar unos fatigones que le hacían ver las estrellas, hasta que el día menos pensado se quedó ahogado. Y todo por no haber querido tomar el agua de verdolaga con cañafistola que tanto le recomendé.

—¿Con qué el agua de verdolaga, eh?

—Sí señor: remedio de inflexible resultado. Mire usted, los médicos no aprenden más que tonterías en esos librotos: la experiencia, don Prudencio, la experiencia es la gran maestra. Por eso es que á mi casa no entran médicos, porque yo con mi experiencia curo á todo el mundo.

—Pero, señora, eso que aprenden los médicos en sus librotos, como dice usted, no es sino el resultado de la experiencia de los autores de los mismos librotos, aparte de que, cualquier médico, en el ejercicio de su profesión tiene, por razón natural, que adquirir más experiencia que cualquier profano en la ciencia.

—¡ Dale con la ciencia! Si fuera ciencia la de los médicos no se burlarían ellos de remedios tan eficaces como el estiércol de perro negro con zumo de hojas de guayabo. ¿Y por qué no dan ahora como antes vomitivos? ¿Dígame usted? ¡Un remedio como el vomitivo que sirve para todo! Un poquito de ipecacuana con emético y mucha agua tibia después; y queda usted luego como nuevecito.

—¿ Pero que le pasa á usted, doña Perfecta? Se ha puesto usted súbitamente pálida.

—No lo sé: siento una cosa muy rara ¡Ay! ¡Dios mío! Esta es la muerte!

—No será nada, tranquilícese usted.

—No.....esto es muy serio.....¡ay!.....por Dios, don Prudencio,.....hágame.....hágame el favor.....de.....de.....traerme...

—¿ Qué, señora?

—Un.....un médico!

EL MILLON DEL TIO RACLOT

POR
EMILIO RICHEBOURG

Continuación

No ocultó Raclot á su hija que la proposición que acababa de hacerle no era de su gusto; pero Marta insistió sin poder contener algunas lágrimas.

Ver llorar á la joven, nada significaba para Raclot; dejóse convencer, sin embargo, pensando que lo realzaría mucho á los ojos de las gentes del pueblo el hecho de recibir en su casa, como á amigos, á un General, á un ingeniero de Caminos y á la señorita Matilde de Santenay, amiga íntima de su hija. ¡Siempre vencedores la vanidad y el orgullo!

Al cabo de algunos días, el señor de Santenay y sus hijos llegaron al castillo.

Creemos inútil decir que aquéllos se alegraron de volver á verse, si ambas amigas se abrazaron con

efusión, y si hubo entre los dos enamorados ternísimas miradas y furtivos apretones de manos.

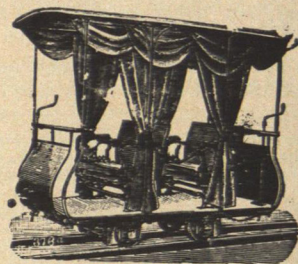
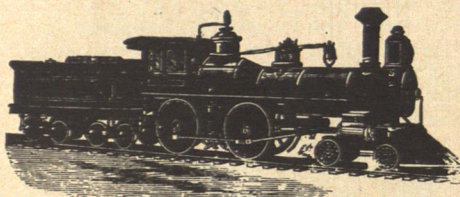
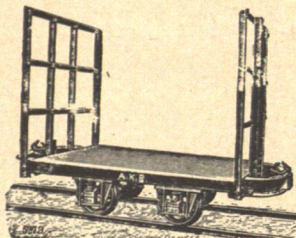
Influido por su hija, el palurdo no se mostró demasiado zafio, y recibió á sus nobles convidados de un modo bastante conveniente. Al fin era un aldeano, y no debía exigirsele más de lo que podía dar.

La familia de Santenay vino á Aubécourt por tres días. Pasóse el primero con toda tranquilidad. Marta y Jorge, á hurtadillas, emocionados de placer, cuchicheaban amorosas palabras.

Raclot, hinchándose como la rana de la fábula, no dejó de pasear á sus huéspedes por medio de sus tierras. So pretexto de hacerles visitar sus posesiones, de mostrarles sus cercados, donde tenía doscientos bueyes, proponíase que los viesen las gentes del pueblo; por eso los paseó repetidas veces por la calle principal de Aubécourt, donde la roseta encarnada que el señor de Santenay llevaba en el ojal debía producir su efecto.

¡ Ah! ¡ Cuánto mejor sería que el General hubiese traído su brillante uniforme!

Al día siguiente, después del almuerzo, cuando



ARTHUR KOPPEL

FABRICA DE FERROCARRILES PORTATILES Y FIJOS

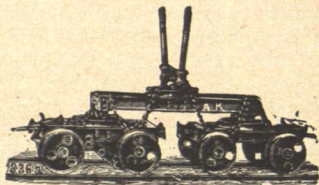
BERLIN, BOCHUM, CAMEN

FUNDICION DE ACERO EN WOLGAST

SUCURSAL EN LAS PRINCIPALES CAPITALAS DEL MUNDO

MATERIAL

para ferrocarriles y tranvías.—Nuevo sistema de rails acanalados para tranvías.—Rails ligeros y durmientes de acero.—Cambios de vía.—Plataformas giratorias.

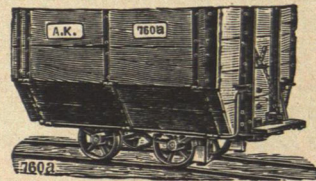


Especialidad para instalaciones en haciendas de caña, café y cacao



500

modelos de ruedas de acero.—Wagonetas y carros volcadores.—Coches para tranvías.—Locomotoras.—Puentes y materiales para puertos y estaciones.



Indispensable para minas, todo género de construcciones y grandes empresas

PRESUPUESTOS DE GASTOS Y CATALOGOS GRATIS

Exposición permanente de todo el material en miniatura, en esta sucursal:

OTTO NATHANSON

Caracas, Este 4, número 14 — (Traposos á Chorro)

Agente para Caracas y Estados limítrofes:—ALFREDO JAHN

Caracas, Balconcito al Truco, número 44.—Ingeniero para oficinas de caña y café y toda clase de maquinaria, puentes y techos de hierro.

Agentes en el Zulia y Estados contiguos:—BECKMANN Y ANDRESEN—MARACAIBO

Agentes en Valencia, Becker, Gosewisch & Ca. Sucesores.—Agentes en Barquisimeto, J. Hanser & Ca.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

CHEVRIER

Dépôt général:
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

El VINO con Extracto de Hígado de Bacalao, preparado por Mr. CHEVRIER, Farmacéutico de 1ª clase, en París, contiene, á la vez, todos los principios activos del **Acetate de Hígado de Bacalao** y las propiedades terapéuticas de las preparaciones alcohólicas. Es precioso para las personas cuyos estómagos no pueden soportar las sustancias grasas. Su efecto, como el del **Acetate de Hígado de Bacalao**, es soberano contra la **Escrófula**, el **Raquitismo**, la **Anemia**, la **Clorosis**, la **Bronquitis** y todas las **Enfermedades del Pecho**.

VINO CON EXTRACTO DE HIGADO DE BACALAO CREOSOTADO

Dépôt général
PARIS
21, Faubourg Montmartre, 21

CHEVRIER

Véndense
en todas las principales Farmacias
y Droguerías.

La **CREOSOTA** de HAYA paraliza al trabajo destructor de la **Tisis pulmonar**, por que ella disminuye la expectoración, despierta al apetito, hace que la fiebre decaiga y suprime los sudores. Sus efectos, combinados con los del **Acetate de Hígado de Bacalao**, hacen que el VINO con Extracto de Hígado de Bacalao Creosotado, de CHEVRIER, sea el remedio, por excelencia, contra la **TISIS** declarada ó inminente.

Jorge y las dos muchachas daban un paseo por el parque, el señor de Santenay, que se hallaba á solas con Raclot, juzgó llegado el momento de cumplir la promesa que había hecho á su hijo, es decir, de hablar á aquél del mutuo amor de Marta y Jorge.

—Querido señor Raclot, dijo, ya sabe usted que mi hijo es ingeniero de Caminos; no me toca á mí, como su padre que soy, alabar los méritos de Jorge; pero puedo asegurarle á usted que dentro de algunos años será ingeniero jefe.

—¡Una brillante posición, mi General! contestó Raclot.

—Y bien, señor Raclot, voy á notificar á usted una cosa, que espero no le desagrade.

El aldeano hizo un brusco movimiento y se puso escuchar con marcada atención.

—Mi hijo, prosiguió el General, ama á su hija de usted, y se tendría por el más feliz de los hombres si usted se dignase aceptarlo como futuro yerno.

Mathurin Raclot permaneció un instante atónito y mudo de sorpresa. Aún no se le había ocurrido que alguna vez tendría que casar á su hija, y, por consiguiente, que darle casi la mitad de su fortuna al rendirle las cuentas de la tutela.

—Perdón, mi General, balbuceó; lo que usted acaba de decirme.... no podía sospechar.... Conque ¿D. Jorge de Santenay ama á mi hija? ¡No salgo de mi asombro! ¡Gran honor para ella.... y para mí, que no soy más que un pobre aldeano! Pero creo que mi hija no piensa en casarse. Debe usted comprender, señor General, que no tengo prisa por separarme de Marta: no tengo más hijos que ella.... Y además, además.... no comprendo el matrimonio, sino habiendo cariño de ambas partes.

—Su modo de pensar de usted es idéntico al mío, señor Raclot.

—Perfectamente.

—Con facilidad vamos á entendernos.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. Porque Jorge ama á Marta y Marta ama á Jorge.

Mathurin Raclot abrió desmesuradamente los ojos, y su frente adquirió un aspecto sobrio.

—Y bien, amigo mío, sólo falta ya que los unos nos para hacerlos felices.

Dos relámpagos se escaparon de los ojos del aldeano.

—¡Ah, ya! dijo con extraño acento; ¿me cree usted, pues, muy rico?

Tal pregunta era una grosera injuria.

El señor de Santenay frunció las cejas y se puso colorado. Continuó, no obstante, porque sabía con qué hombre estaba tratando.

—S.ñor Raclot, respondió con calma, ni mi hijo ni yo nos hemos preocupado de su fortuna de usted, ni tampoco se nos ha ocurrido pensar en si al casar á su hija le daría un dote.

Ambos entendemos que la cuestión de dinero debe ocupar secundario puesto, tratándose del matrimonio; no hay, pues, en nosotros ningún cálculo de intereses materiales, y yo sólo he tenido presente, al hablarle á usted, la idea de hacer felices á nuestros respectivos y enamorados hijos.

—¡Hum! ¡hum! exclamó el señor Raclot.

—Mi hijo, prosiguió el veterano, no ve, ni quiere ver en Marta, otra cosa que sus preciosas cualidades; y aunque no tuviese un céntimo, hallaría en ella el mismo mérito. Exactamente lo propio digo de mí.

—Entonces, mi General, interrogó el aldeano, que comenzaba á poner mejor semblante, dejaremos á un lado la cuestión de la dote.

Los labios de Raclot apuntaron una sonrisa.

—No he de ocultarle á usted, continuó el señor de Santenay, que casi no tengo bienes; por lo mismo, mi hijo carece de derecho á mostrarse exigente; debo decirle á usted, sin embargo, que Jorge tiene una tía por parte de madre, que le dará, en el momento de casarse, doscientos mil francos.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Raclot.

—Con la renta de este capital, unida al sueldo, mi hijo puede casarse con quien su corazón le dicte, sin temor de ver entrar en su casa la miseria. Si se añade que Jorge ama á Marta, espero que hallará usted suficientemente afianzada la felicidad de su hija.

Raclot había recuperado poco á poco su habitual fisonomía de honradote aldeano. Desde el momento que no se le hablaba de dar cuentas á su hija ni se le exigía dote, tenía sin cuidado el casarla. Por otra parte, más pronto ó más tarde, habría que hacerlo. No había que titubear, teniendo en cuenta que luego pudiera encontrarse con gentes menos desinteresadas que el señor de Santenay y su hijo.

—¡Ah! respondió, fingiendo conmoverse. ¡Qué diablo de hombre es usted, General! En verdad que me ha trastornado los sentidos. No esperaba yo, de manera alguna, semejante cosa.

¿Conque mi hija ama á D. Jorge de Santenay? ¿Qué llamado lo tenía la picaresca!.... Yo no hubiera querido casarla tan pronto; pero se ha atravesado el amor, y me callo. Además, General, me ha dicho usted unas cosas.... ¿Qué quiere usted? como no puedo luchar, me entrego.

—Gracias, señor Raclot.

—Aún queda un punto que precisar.

—Diga usted, le escucho.

—Me refiero á la dote.

—Ya le he dicho á usted que, aunque Marta no tuviese un céntimo, mi hijo se casaría con ella.

—Sí, sí, ha dicho usted eso; pero.... en fin.... me es imposible darle á Marta....; es raro, muy raro que nosotros los aldeanos tengamos dinero. Sin duda poseo bienes raíces; usted ha visto mis haciendas, mis cercados; si tuviese que venderlos, darían por todo cuatro cuartos; sería una ruina. Por lo demás, cuando yo muera, pasará todo á Marta, puesto que es hija única.

Sin embargo, señor General, su franqueza de usted hace un llamamiento á la mía, y voy á jugar limpio. Haciendo un espantoso esfuerzo, creo poder reunir cincuenta mil francos. ¿Se contentará D. Jorge con esta suma?

—Sí; pero le repito á usted que no venimos buscando la dote. Si usted quiere, dé menos á Marta....

—¡Alto, mi General! He dicho cincuenta mil francos, y, aunque aldeano, tengo mi amor propio, mi orgullo.

—Está bien, no hablemos del asunto.

—Entonces, lo dicho; daré cincuenta mil francos,

y usted me promete por sí y por D. Jorge que no se me ha de obligar más tarde á vender mis tierras.

—¿Y por qué se le había de obligar á venderlas?

—Es que, como tutor de mi hija, su marido podría exigir....

—¡Ah! ¿Las cuentas de la tutela? No se mortifique usted, señor Raclot; mi hijo le dejará completamente tranquilo.

—¿Me lo promete usted

—Se lo juro.

—Gracias, mi General.

—¡Ah! No sabe usted qué horror me causan los disgustos. Si yo tuviese la menor disputa con mi yerno, me costaría la vida.

—Usted vivirá cien años, repuso el veterano riéndose.

—Sí, todos me dicen que he de vivir mucho....

El señor de Santenay se levantó.

Señor Raclot, dijo, me marcho; voy á buscar á los muchachos para decirles que usted consiente en su matrimonio.

—Y que celebraremos la boda dentro de un mes, si quieren.

—Desde luego aseguro que no pedirán más largo plazo.

V

Gracias al General, Jorge y Marta eran ya oficialmente prometidos.

De ambas partes reinaba perfecto acuerdo sobre todos los puntos.

En su delirio, no veían los enamorados aparecer nube alguna en el radiante cielo de su porvenir.

Hablábase en toda la comarca, no sin hacer muchos comentarios, del próximo enlace de la señorita Marta Raclot con D. Jorge de Santenay, ingeniero de Caminos é hijo de un General nada menos.

¿Cómo supieron las gentes que una acaudalada tía de Jorge le daba doscientos mil francos al casarse? Nosotros lo ignoramos; mas lo cierto es que se sabía, porque todo el mundo hablaba de ello.

Consultada la señorita Lormeau, aprobó la boda de su sobrino, porque conocía á Marta de haberla visto en casa de su cuñado.

Ya se habían verificado las primeras publicaciones. Dos veces por semana iba Jorge al castillo de Aubécourt.

¿Qué deliciosas las horas que pasaban juntos los enamorados!

¡Oh! ¡Qué diálogos tan encantadores! ¡Cuán tiernas palabras cambiaban entre sí! ¡Cuán magníficos los proyectos que formaban para el porvenir!

Ya no era á hurtadillas como se daban apretones de manos; permanecían largo rato con ellas enlazadas y cambiaban entre sí algunos besos en presencia del padre.

Y Mathurin Raclot, que nunca se reía, hacíalo de vez en cuando.

Sin embargo, iba á sacar cincuenta mil francos del cofre donde tenía amontonado, saco sobre saco, el oro y la plata. ¡Cincuenta mil francos! Cantidad enorme para llorar lágrimas de sangre; pero era preciso hacer tan doloroso sacrificio. Felizmente, Raclot no tenía que casar á dos hijas,

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA

Casa Única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga



El BYRRH es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecio con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

Es a la vez gustoso y absolutamente irreproachable al punto de vista higiénico.

El BYRRH puede tomarse a todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889

MEDALLA DE ORO (la mas grande recompensa concedida)
En CARACAS: G. STURUP Y Cia, Suc^{tes} y en las buenas Casas.

Inyeccion Cadet

LA MAS CONOCIDA

EN
todo el Mundo

PARA CURAR

EN TRES DIAS

sin otro alguno medicamento y sin temor de accidentes.

PARIS — 7, Boulevard Denain, 7 — PARIS

DEPOSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



Aceite de Hígado de Bacalao

DEL
DOCTOR DUCOUX

Iodo-Ferruginoso,
al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga

Los Médicos no vacilan en dar la preferencia, cuando se trata de curar las

**ENFERMEDADES DE PECHO
LAS ESCRÓFULAS, EL LINFATISMO
LA ANEMIA, LA CLOROSIS, etc.,**

al ACEITE de HÍGADO de BACALAO del Dr DUCOUX, Iodo-Ferruginoso, al Quinquina y Cáscara de Naranja amarga, porque no tiene esta preparacion ningun sabor desagradable y porque su composicion la hace sumamente **tónica y fortificante.**

Depósito General : 7, Boulevard Denain, en PARIS

Se halla en todas las principales Farmacias y Droguerías del Universo.

Desconfíese de las FALSIFICACIONES é IMITACIONES



PERFUMERIA ORIZA
L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
PARIS

ULTIMAS CREACIONES
Productos

al **DATURA
INDIEN**

Esencia. DATURA INDIEN
Polvo de Arroz. DATURA INDIEN
Jabon. DATURA INDIEN
Agua de Tocador. DATURA INDIEN
Aceite. DATURA INDIEN

Sachets Oriza Solidificados

ELEGANTES TABILLAS
16 OLORES EXQUISITOS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE LA SUR-AMERICA.



De otra parte, nadie le pediría cuentas. Esos señores de Santenay, con su desinterés, eran hombres de buena pasta en verdad.

Si él no hubiese sido parte interesada, habríalos considerado como á unos imbéciles.

Verdad es que ni su hija ni nadie conocía su fortuna mejor que el General y su hijo.

En fin, no había remedio; precisábase despojarse de cincuenta mil francos; mas se consolaba pensando que semejante cantidad no constituía siquiera la duodécima parte de la que su hija tenía derecho á reclamar, y que en menos de seis ú ocho meses, habría llenado el hueco hecho en los escudos del cofre.

Una mañana muy temprano, tomó Marta el ómnibus que tres veces por semana recorría el trayecto de ida y vuelta entre Aubécourt y la ciudad.

Marta se dirigió á la cabeza del partido.

No podía casarse sin hacer una visita á las religiosas Dominicas, sus maestras y amigas. Esperaba que, á instancias suyas, permitiese la Superiora asistir al casamiento á sor Angela, y quizá también á sor Leocadia.

No tuvo necesidad de instar mucho.

La Superiora le dijo, abrazándola :

—Mi querida hija, usted ha sido nuestra muy amada discípula, la niña pedilecta de nuestro corazón. Estoy profundamente agradecida de esta visita y de la petición que usted me hace. Jamás he dudado de sus sentimientos hacia las hermanas que le han visto á usted crecer y en cuya compañía ha trabajado. Querida Marta, siempre será usted la excelente niña que hasta hoy viene siendo. Desea usted que dos de sus profesoras asistan al casamiento; la Comunidad no puede negarle ese testimonio de nuestra estima y afección. Sor Angela y sor Leocadia irán á Aubécourt el día de su boda de usted; asistirán á la santa misa que se dirá, y pedirán á Dios que le conceda la felicidad que ninguna otra puede haber merecido más que usted.

Marta dió las gracias á la Superiora, despidióse de las religiosas, salió de la casa y se apresuró á ir en busca del ordinario, que, habiendo cumplido cuantos encargos traía, disponíase á marchar.

—Un poco más, y llego tarde, dijo la joven.

—¡Oh! No me hubiera marchado sin usted, señorita.

—¿Voy á ser el único viajero, como á la venida?

—No, señorita, tendrá usted compañía.

—¿De señoras?

—No, dos hombres, uno de los cuales va hasta Aubécourt.

—¿Es de Aubécourt ese señor?

—Sí, señorita; pero ha estado ausente más de tres años.

—¡Ah!

—Era un labrador acomodado del país; pero ha tenido desgracias; vendió cuanto poseía, y el pobre salió de Aubécourt con su mujer y sus cinco hijos. Ignoro en qué se ocupan ahora esos pobres diablos, pero ya sabe usted, señorita, que *pobreza no es vileza*, según dicen.

¡A! ya están aquí los viajeros. Suba usted en seguida y ocupe el mejor sitio, el rincón de la derecha. Arrépose bien, pues con este tiempo nebuloso y húmedo las tardes de octubre son muy frías.

—Efectivamente, este viento es glacial.

La joven ocupó su asiento.

—Mire usted, señorita, dijo el ordinario, ahí hay una piel de carnero, póngasela á los pies.

Marta se abrigó el cuello con una toquilla, echóse el velo y se agazapó en un rincón.

Los dos hombres llegaron junto al cohe.

—Vamos, señores, suban ustedes pronto, que se hace tarde.

Los dos viajeros se colocaron sin fijarse en la joven, que se encogía en un rincón, y cuyo semblante no podía distinguirse al través del velo.

El ordinario cerró la portezuela del coche, reconoció por todas partes, á fin de asegurarse que cada cosa estaba en su sitio, subió al pescante, hizo crujir la tralla y fustigó los lomos de los caballos, que arrancaron al trote.

En el coche los dos viajeros hablaban de cosas indiferentes.

Marta no conocía al que estaba enfrente á ella, ni se acordaba del otro, del labrador de Aubécourt.

—A propósito, dijo el primero de entrambos, que respondía al nombre de Collot, á su compañero, que se llamaba Estanislao; ¿sabes que ese avaro de Mathurin Raclot va á casar á su hija?

Continuará